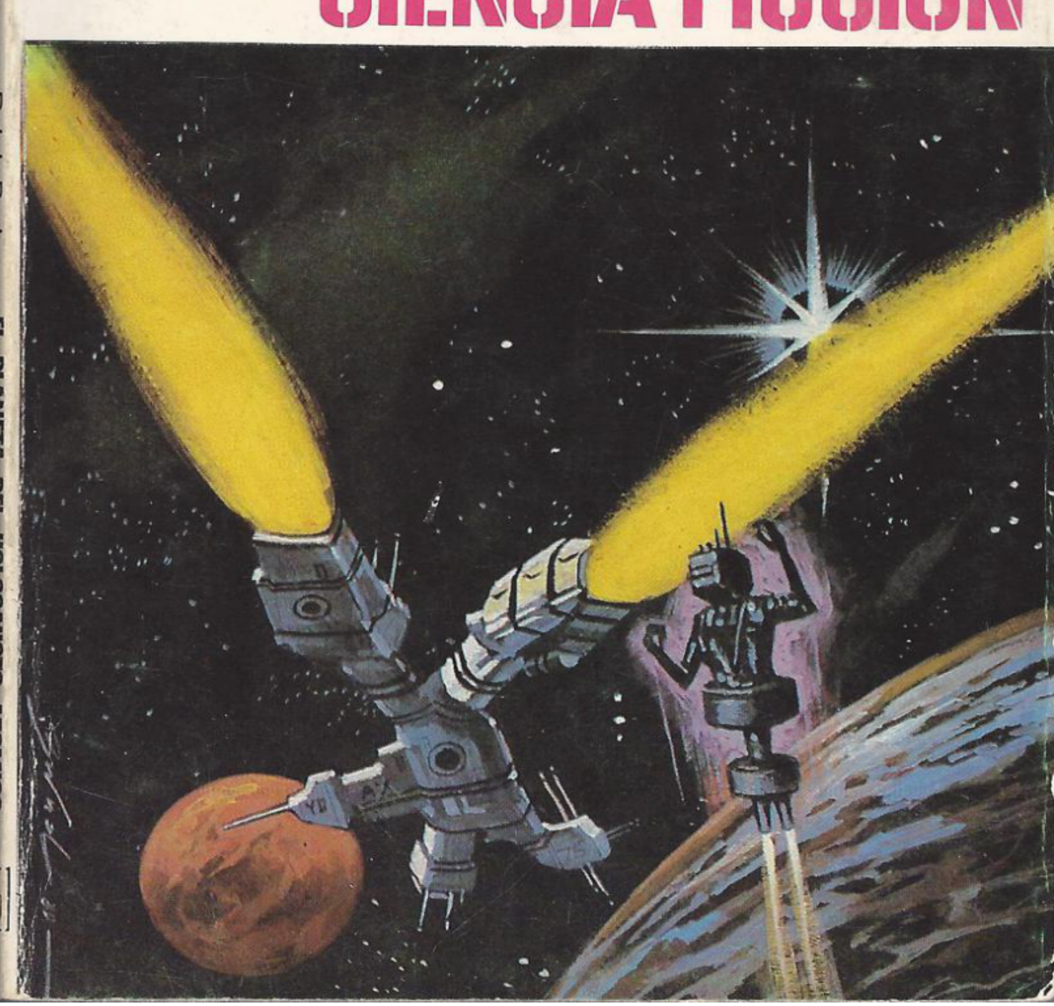
La conquista del ESPACIO

EL PLANETA DEL HOLOCAUSTO ATOMICO

Ralph Barby

CIENCIA FICCION




La conquista del
ESPACIO

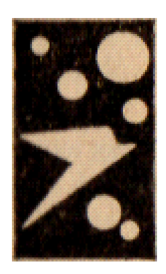
ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

536 – Un cerebro de ida y vuelta, *Glenn Parrish*.
537 – Cerebros cautivos, *Curtis Garland*.
538 – Puerta a la galaxia, *Clark Carrados*.
539 – Guerra cíclica, *A. Thorkent*.
540 – El cosmos no es infinito, *Glenn Parrish*.

RALPH BARBY

EL PLANETA DEL HOLOCAUSTO AUTÓMICO

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 541
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 30.699 - 1980

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: diciembre, 1980

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPITULO PRIMERO

—¡La tengo localizada, Xavi, la tengo!

Había júbilo en aquel grito lanzado por el cosmonauta Julius ante la pantalla de telescopía.

Xavi llegaba en aquellos momentos a la cabina de pilotaje con un emparedado en una mano y un vaso de limonada en la otra.

—¿Estás seguro?

—Sí, sí, la tengo.

Se tragó la limonada de golpe para así desembarazarse del vaso de papel.

—¿Dónde está?

—Ahí, ahí, en ese planeta desconocido que tenemos a casi doscientos mil kilómetros de distancia.

—¿No crees que es un poco pronto para dar por buena la localización? —preguntó, tras dar un mordisco al sándwich.

—Fíjate, fíjate en ese micropunto luminoso.

—Sí, ya lo veo, pero no es suficiente.

—Eso es una cosmonave, me juego la cabeza.

-—¿Y si pierdes tengo que cortártela?

—No me la cortarás porque eso es una nave. Ahora voy a hacer otras comprobaciones, ya sabes, tiene que emitir algún tipo de ondas. Por lo menos, ha de funcionar el automático.

—¿Has comprobado que no estén emitiendo algún mensaje?

—Sí, no hay ondas.

—Bien. Mientras, haré la espectroscopia de ese planeta para saber con qué nos vamos a encontrar.

—Tengo la impresión de que posee atmósfera, aunque es posible que no sea todo lo buena que sería de desear.

La cosmonave «Almogávar» cruzaba el espacio sideral con velocidad de inercia mach luz-7.

Xavi Mistral se acomodó en su butaca, mordió otra vez el sándwich con apetito y conectó los retrocohetes de proa. La nave sufrió una leve sacudida y luego unos temblores.

—¡Podías haber avisado! —se quejó Julius.

—Peligro, peligro, movimientos vibratorios excesivos.

Xavi miró hacia el robot biónico que acababa de aparecer en Ia sala de controles y pilotaje.

—No pasa nada. Tío —le dijo al robot.

—Negativo, negativo.

—Has asustado hasta al robot —se quejó Julius.

---Había que reducir velocidad, dentro de muy poco nos

hubiéramos estrellado contra ese planeta desconocido.

—Bueno, pero podías avisar.

—Tío...

—Tío a la escucha. Tío a la escucha — repitió el robot biónico que no era más alto que el propio Xavi Mistral, aunque sí parecía más corpulento.

Su cabeza de cristal tenía dentro una esfera sostenida por un eje y que despedía destellos iridiscentes; esta esfera actuaba como ojo de aquella máquina humanoide que era imposible confundir con un ser terrícola.

—Cada vez estoy más seguro de que el punto luminoso es lo que vamos buscando —repitió Julius.

—El planeta tiene atmósfera, aunque parece poco densa. Ignoro todavía su composición, pero es posible que sea pobre en oxígeno.

—Mientras no sea gas venenoso...

—Utilizaremos los trajes de supervivencia.

La aproximación del planeta desconocido se hizo rápidamente, pese a los escasos segundos de funcionamiento de los retrocohetes de proa que habían frenado a la cosmonave.

—Este planeta no lo tenemos reflejado en ninguna carta espacial —le observó Xavi Mistral.

—Su estrella-sol sí que la tenemos localizada, es la Ebrion-223.

—Que yo sepa, nadie ha viajado al sistema planetario de esa estrella.

—Nadie, no —rectificó Julius—. En ese planeta está !a cosmonave que buscamos.

—Esperemos que sea ésa.

—Cuando nos pongamos en órbita, podremos sacar buenas imágenes que ya no dejarán lugar a dudas.

La «Almogávar» no tardó en colocarse en órbita.

Xavi Mistral manejó con gran habilidad la cosmonave, que no era de las mayores construidas en las factorías de la Confederación Terrícola, pero sí el modelo más rápido y maniobrable y con un poder de viaje ilimitado; poseía incluso dos cartuchos de autocriogenización con reloj atómico de control, aunque no dejaba de ser un poco arriesgado meterse en uno de aquellos cartuchos de autocriogenización conectando el reloj atómico para que les despertara al cabo de un siglo como si se tratara de un vulgar despertador que arrancara de un sueño de ocho horas.

—Conecta la videograbadora —pidió a Julius.

—Sí, ya está. Así tendremos una idea aproximada de la geología de ese planeta.

—Es lo que deseo. Luego, regresaremos al lugar que denominaremos «punto cero», y nos mantendremos en órbita fija para

no perder de vista lo que nos interesa.

—Fíjate, parece un planeta muerto —observó Julius.

—Sí, desiertos arenosos y montañas rocosas.

—No veo vegetación por parte alguna.

—Quizá la composición del aire no sea apropiada o quizá naya existido aquí una flora evolucionada.

—Un planeta sin vida, no me gusta.

—A mí tampoco; sin embargo, tengo la corazonada de que este planeta tiene vida.

—¿Corazonada un cosmonauta como tú? —se burló Julius.

—Búrlate, pero nuestro subconsciente puede llegar a captar ondas que nuestro consciente no capta.

—Los terrícolas sólo tenemos el poder de la telepatía. Y ello en forma temporal y completamente incontrolada.

—Sí, pero la tenemos y quién sabe si estoy captando algo.

—Ojalá captes las ondas mentales que emitan nuestros hermanos terrícolas que están ahí abajo.

—Eh, ahí tenemos un océano. Y está tan quieto que parece una balsa de aceite.

—Sí, es un océano muy quieto, pero si hay agua, puede haber vida.

—Enfoca el telespectroscopio.

—Sí, así sabremos la composición del agua.

En un par de segundos enfocaron el analizador a distancia y los resultados se los proporcionó la computadora rápidamente.

—Agua con un tres con siete de cloruro potásico.

—Parecida a la de la Tierra, sólo que allí es cloruro sódico.

—Por lo visto, aquí abunda más el potasio que el sodio. Hay también otras sales magnésicas, férricas, cálcicas, etcétera.

—Un agua apta para la vida, salvo que haya disuelta alguna sustancia tóxica.

—Quizá estemos equivocados y haya vida ahí abajo.

—Cuando bajes lo sabremos.

—Haré una prueba.

—¿Cuál?

—Cuando nos hayamos situado en órbita fija, lo probaré.

Dieron una vuelta al planeta, sacando una grabación para tener una idea aproximada de cómo era.

Después, se situaron en órbita fija sobre los restos de una cosmonave, que aparecían sobre un arenal, no lejos de unas colinas rocosas y escarpadas.

—Ya estamos. Fíjate, fíjate.

Julius enfocó su cámara de telescopía y en la pantalla aparecieron los restos de la cosmonave.

—No cabe duda, es ella —admitió Xavi Mistral.
—Está destrozada.
—Ha tenido que caer y aun gracias que no se ha destrozado hasta la desintegración, como habría sido lógico.
—Puede que hayan quedado restos bastante enteros gracias a que ha caído en un área arenosa.
—Mira aquellas colinas rocosas.
—Sí.
—Voy a lanzar hacia allí un proyectil de súper-expansión sonora.
—¿Quieres hacer ruido?
—Sí, ésa es mi intención, hacer ruido, pero no hacer daño. Lógicamente, las vibraciones sonoras harán saltar algunas rocas en Ia pequeña área de influencia donde caiga el proyectil, pero no será mucho.
—Veremos.
Xavi Mistral puso los controles de modo que enfocó el cañón lanza-proyectiles en la dirección deseada.
La computadora calculó la distancia, los grados de desviación y rozamiento del aire, y todos estos datos pasaron a la micromemoria del propio proyectil, autopropulsándolo.
De uno de los tubos lanzadores de la cosmonave «Almogávar» salió el proyectil despidiendo una columnilla de humo apenas perceptible.
Se introdujo en la atmósfera del planeta desconocido, y se dirigió al área rocosa, acertando en el blanco elegido por Xavi Mistral, donde estalló. Pudieron ver los efectos a través de la pantalla.
—Oigamos el ruido —dijo Julius.
El tele-escucha transmitió por los altavoces interiores de la nave el ruido que captó en el planeta y la explosión registrada sobre las rocas les llegó claramente.
—¡Peligro, peligro! —volvió a comunicar e! robot, moviéndose en varias direcciones como buscando el lugar de procedencia de lo que parecía una explosión dentro de la propia cosmonave.
—Tranquilízate, Tío, sólo es una prueba.
—Orden recibida, orden recibida.
Volvió a quedarse quieto, aunque la esfera iridiscente que tenía dentro de su cabeza de cristal no dejaba de captar y oscilar.
—No pasa nada —gruñó Julius—, Es un planeta muerto.
—¿Que no pasa nada, y aquella nube?
—Diablos, parece una nube de pájaros —aceptó Julius.
—Capta uno en primer plano con la telescopía.
—En seguida.
En la pantalla, la nube se fue haciendo más espesa hasta que uno de aquellos seres quedó enfocado.
—Son murciélagos o, por lo menos, se le parecen.

—Sí, son de la especie de los quirópteros, no cabe duda. Eso ya nos ha dado una pista; el planeta no está muerto.

—Sin embargo, parece muy primitivo.

—De todos modos, tiene vida. Habrá que andarse con cuidado, no sabemos con qué vamos a encontrarnos abajo.

—¿Descenderemos con la «Almogávar»?

--No, bajaré yo con la lanzadera y me acompañará Tío.

—¿Por qué no dejamos a Tío a bordo y bajamos juntos?

—No. es mejor que baje Tío, siempre puede ser útil para abrirse paso entre la chatarra.

—Bien, me mantendré en contacto contigo.

—Sí, tú vigila desde aquí arriba por si se acerca algo a la chatarra de abajo.

—Si veo algo, te lo comunicaré, lleva el receptor abierto.

Xavi Mistral dejó la cosmonave «Almogávar» en manos de Julius y se dirigió al robot biónico:

—Vamos, Tío, te vienes conmigo a la lanzadera.

—Orden recibida. Tío se dirige a bordo lanzadera. Tío se dirige a bordo lanzadera.

—Eh, Xavi.

—¿Qué?

—¿No te llevas un traje de supervivencia?

—No, no hace falta, el aire, aunque pobre, es respirable.

—Te vas a marear.

—Evitaré hacer esfuerzos excesivos. ¡Ah!, y no se te ocurra abandonar la nave.

—No temas, si llegara el caso, descendería con la cosmonave. Buscaré un buen lugar para el contacto y listos.

La pequeña nave lanzadera, apta para todo tipo de navegación, tenía un radio de acción escaso comparado con la cosmonave «Almogávar», ya que no llevaba más que unos diminutos depósitos de agua, oxigeno y víveres para emergencias no superiores a las cien horas, mientras que la «Almogávar» podía viajar sin repostar durante decenas de millares de horas.

Tío se había instalado perfectamente detrás de la lanzadera en una especie de portaequipajes.

Xavi Mistral maniobró con la pequeña nave que no tendría más de diez metros de eslora y la introdujo en uno de los tubos lanzadores. Automáticamente, se cerró la compuerta, se despresurizó el tubo y desde el propio tablero de mandos de la lanzadera, Xavi oprimió el botón, sintiéndose catapultado hacia adelante.

La lanzadera salió a gran velocidad de la cosmonave «Almogávar» y penetro en la atmósfera del planeta, ligeramente tangencial.

No tuvo dificultades en acercarse al área donde se hallaban los

restos de la «Grand Boomerang», una cosmonave del tipo casi gigante, con gran capacidad para poder cargar en los más distintos lugares-del cosmos.

—¿Ves algo de cerca? —le preguntó Julius a través de la telecomunicación.

—No veo nada.

—Los quirópteros se han largado. Esos pajarracos sin pluma me parecen de mal agüero.

—¿Y te burlabas de mis corazonadas? —replicó Xavi Mistral mientras descendía junto a la gigantesca cosmonave destruida.

Al lado de los restos de la «Grand Boomerang», la lanzadera parecía minúscula. Debían caber docenas y docenas como ella en las bodegas de la enorme cosmonave.

Sin salir de la pequeña lanzadera, Xavi conectó la megafonía exterior.

—Atención, atención, soy terrícola, me llamo Xavi Mistral. Si hay alguien ahí, que responda, que grite o haga algún tipo de señal. Atención, atención, soy terrícola… Si hay alguien dentro, responda en la forma que pueda.

Aguardó varios minutos sin que se produjera ninguna respuesta y con el profundo silencio que reinaba en el exterior, su voz debía haberse oído en todos los rincones de la gran cosmonave convertida en chatarra.

—¡Julius!

—Te oigo.

—¿Ves algo?

—He localizado una tormenta de arena como a cien millas de donde estás. Parece que va en tu dirección, pero no sé si en este planeta Ia tormenta se prolongará o morirá por sí misma. De todos modos, hay una barrera de colinas rocosas importante entre tú y la tormenta.

—Bien aquí no contesta nadie, la nave parece abandonada.

—¿Abandonada? No me gusta lo que te 'voy a decir, Xavi, pero es muy posible que encuentres muchos cadáveres dentro.

—Sí, he de estar preparado para ese hallazgo y será muy desagradable. Oye, hay un detalle en el que no habíamos reparado.

—¿Cuál?

—Esta cosmonave está en posición perfecta de contacto.

—¿Quieres decir que la toma de contacto fue normal y que los destrozos visibles han sido posteriores?

—Creo que sí.

—Eso es tanto como decir que ha sido atacada.

—Es una posibilidad. Voy a salir e iré armado.

—No descuides a Tío.

—Tío alerta, Tío alerta.

El cosmonauta y su robot electro-mecano-biónico salieron de la pequeña lanzadera.

Xavi observó que los destrozos estaban en las partes más débiles del casco de la cosmonave, como si le hubiesen abierto boquetes con tenazas.

Allí había grandes agujeros de tres metros de diámetro y Xavi y el robot penetraron por el que le pareció más cómodo.

Xavi notó un olor fuerte y picante, un hedor molesto del que había quedado impregnada la cosmonave.

El destrozo en el interior era mayor que en el exterior y Xavi lo calificó de vandálico.

Todas las dependencias se hallaban destrozadas y el mobiliario arrancado y abollado aunque fuera metálico.

—¿Captas algo, Tío?

—Negativo, negativo —respondió el robot, que avanzaba tras su propietario.

No encontraba huella alguna de restos humanos. También observó que no había habido fuego dentro de la cosmonave. Quizás algunos chisporroteos localizados, posiblemente al ser arrancados paneles electrónicos o cables de sus conducciones y uniones, pero no fuego en general.

—Parece que no vamos a encontrar nada, Tío.

—Negativo, negativo.

Xavi se enfrentó con una escalerilla metálica y trepó por ella.

El robot también se enfrentó a ella, cogiéndola con sus dedos metálicos, pero no logró subir como acababa de hacerlo el hombre.

—Negativo, negativo, no es posible subir, negativo.

—Aguarda abajo, Tío, en seguida regreso.

—Orden recibida, orden recibida.

Cuanto más avanzaba por el interior de la cosmonave, más se convencía de que algo grande había penetrado allí.

Llegó a una sala que poseía seis cartuchos de criogenización en la parea de los que sólo se veían las tapas circulares con los controles que cada una tenía.

—¡Por todos los soles del cosmos, están funcionando!

—Xavi, Xavi, te oigo mal… ¿Qué ocurre?

Xavi Mistral aproximó el aparato que llevaba en la muñeca y que, además de reloj, computadora, calculadora y orientador, actuaba como emisor-transmisor.

—Estoy en la sala de criogenización de la cosmonave.

—¿Y funciona?

—Sí —respondió Xavi, mirando las tapas de los cartuchos.

—¿Hay alguien dentro? —preguntó Julius.

—No lo sé, voy a comprobarlo. Es una de las pocas cosas que no han sido destrozadas. Es peor que si hubiera pasado un macrohuracán marciano por el interior de esta nave.

Bajó la palanca de abertura y aguardó, con los ojos llenos de interés y esperanza.

La tapa del cartucho número uno comenzó a desplazarse hacia afuera, saliendo del interior de la pared el cilindro de crista! que protegía exteriormente el cartucho de criogenización humana.

La expectación de Xavi Mistral fue tan grande en aquellos instantes que contuvo la respiración.

CAPITULO II

A través del grueso cristal aislante e irrompible pudo ver el contenido de la cápsula de criogenización.

—¡Qué hermosa es! —exclamó por lo bajo.

La mujer terrícola rubia era de una gran belleza pese a su absoluta palidez, a estar como muerta.

Xavi no la había visto jamás, ignoraba quién podía ser, pero observó que llevaba el uniforme de cosmonauta con la graduación de capitán.

—¿Has descubierto algo, Xavi?

Oyó la voz de Julius con cierta dificultad y le respondió:

—Sí, hay una mujer, joven y hermosa, criogenizada.

—¿Será por algún motivo de enfermedad o para escapar a lo que pudiera atacarles?

—No lo sé, Julius, pero no voy a dejaría criogenizada en esta nave destrozada, de modo que pondré en marcha el sistema de descriogenización.

—¿Hay algo más?

—Lo ignoro, voy a comprobarlo, pero antes pondré en marcha la descriogenización para no perder tiempo.

Conectó los aparatos correspondientes. Lentamente, la temperatura comenzaría a subir dentro del cartucho.

Mientras, abrió otros y descubrió hasta cuatro mujeres jóvenes y dos hombres ya maduros.

—He contado un total de seis personas, cuatro mujeres y dos hombres todos criogenizados. Parece que estaban bien de salud, aparte de estar congelados.

—Menos mal que han funcionado los automáticos y la energía pese al destrozo de la cosmonave —opinó Julius, que continuaba en órbita a bordo de la «Almogávar».

—Los automáticos son independientes para cada cartucho; así, en caso de avería, sólo hay riesgo de una muerte y no de varias. Al mismo tiempo, esa energía es aparte de la del resto de la cosmonave.

—¿Cuánto calculas que tardarán en estar descriogenizados?

—Pues, con el proceso superdecelerado y con riesgos, seis horas. Si sometiéramos esos cuerpos a una descriogenización brusca, morirían inevitablemente. Bueno, voy a buscar a Tío para hacerlo llegar aquí por otro conducto para que se mantenga vigilante.

—De acuerdo. Si surge alguna novedad, avísame. Por lo menos, ahora ya sabremos algo más acerca de lo ocurrido.

Xavi, impresionado aún por la belleza de la mujer astronauta con

graduación de capitán, fue en busca del robot al que encontró junto a la escalera como le había ordenado.

—Tío, anulada orden anterior, sígueme.

—Orden recibida, orden recibida.

El robot se puso en marcha tras el hombre, y éste, por unos corredores ascendentes, le llevó a la sala de criogenización, que por sus especiales características y reforzamiento, no había sufrido daño.

—Tío, vigila aquí la sala de criogenización y no te muevas. Si sucede algo anormal, llámame.

—Orden recibida, orden recibida. Tío vigila sala de criogenización. Tío vigila sala de criogenización.

Le dejó al cuidado de la sala y siguió investigando por la destruida cosmonave «Grand Boomerang», una destrucción que no parecía causada por armas ígneas ni electrónicas. Era como si dentro de la cosmonave hubiese entrado un bulldozer con su brutal fuerza física, rompiéndolo todo.

Observó el almacén de víveres de la cosmonave y descubrió que todos los alimentos habían desaparecido, incluso los guardados dentro de recipientes plásticos.

De pronto, al fondo de la bodega, batieron alas. Xavi Mistral se puso en guardia con su pequeño fusil incinerante.

—Diablos, son los murciélagos gigantes.

Vistos de cerca inspiraban rechazo. Batían alas y chillaban agudamente, mientras mostraban finos y agudos colmillos. Le pareció que aquellos quirópteros podían haberse comido los víveres del almacén, seguramente ayudados por compañeros suyos, pues parecía haberlos en abundancia.

Sin vacilar, disparó su arma contra aquellas alimañas que habían permanecido escondidas. Posiblemente trataran de formar una nueva colonia en el interior de la destruida cosmonave, ya que estaba llena de huecos y a los murciélagos debía parecerles una gran caverna con múltiples galerías que les aislaban del exterior.

Trataron de lanzarse sobre él, chillando agudamente, pero antes de que lo consiguieran, Xavi los abatió con sus disparos incinerantes, carbonizándolos en el aire.

--Espero que no haya muchas bestias más de esta clase. No me gustan y me da la impresión de que son carniceras, aunque no sé qué van a comer en este planeta que parece muerto, todo son desiertos y rocas. Pero, si alcanzan ese tamaño, es que deben encontrar alimento en alguna parte. De pie son tan altos como yo, pero sus alas... —gruñó para sí.

—¡Xavi, Xavi!

—Te oigo, Julius.

—¿Cómo está todo?

—He encontrado a esos murciélagos gigantes; estaban aquí escondidos.

—Prepárate, viene algo peor.

—¿Qué?

—¿Llevas el arma contigo?

—Sí.

—Pues, sal corriendo de Ía cosmonave, sube a la lanzadera y elévate rápido.

—¿Por qué, qué sucede?

—No te lo vas a creer.

—¡Habla de una condenada vez!

—Son escorpiones gigantes, y por lo menos un centenar de ellos avanzan hacia la cosmonave.

—¿Escorpiones gigantes, dices?

—Sí, no cabe duda alguna.

—Sus tenazas son muy grandes, ¿verdad?

—Más de lo que imaginas.

—Ahora comprendo qué es lo que ha entrado en la cosmonave: un ejército de escorpiones gigantes.

—Pues, además de las tenazas, llevan una gran cola levantada, con un aguijón de mil diablos.

—Debió cogerles por sorpresa, Julius. Vas a intervenir.

—¿Quieres que les dispare desde aquí arriba?

—Sí.

—Podría enviarles una peladilla nuclear, quedarían todos achicharrados.

—Y yo también, de modo que contén tus ímpetus y utiliza el cañón láser.

—El cañón láser me obligará a matarlos uno a uno, porque son grandes.

—¿Uno a uno? —inquirió Xavi, tragando saliva.

—Sí, tendrán de dos a tres metros de altura por otros tantos de alto. Son de temer.

—Pues, aunque sea uno por uno, liquídalos.

—Hay muchos, te lo advierto.

—Es igual, empieza uno por uno, hay que dar tiempo a la descriogenización,

—De acuerdo, trataré de que no lleguen hasta ti esos terribles escorpiones gigantes con sus malditos aguijones que, sin duda alguna, estarán rebosando veneno.

Xavi abandonó la bodega utilizando varias escaleras, y llegó a lo más alto de la cosmonave.

Por una escotilla, subió al techo y miró en dirección a las colinas rocosas.

A la distancia en que se hallaba no podía distinguirlos individualmente, pero sí veía la masa negra de los malditos arácnidos avanzando.

—Esos bichos habrán captado mi llegada; deben poseer unos sensores muy finos.

Vio cómo descendía del cielo un rayo vertical y laminoso. Era como si se hubiera trazado una línea en el horizonte con un lápiz de luz.

El escorpión que iba en cabeza y que debía ser uno de los de mayor tamaño, se inflamó, convirtiéndose en una bola de fuego. En tres segundos quedó reducido a cenizas, dejando sobre el suelo arenoso la forma que tuviera antes de desaparecer bajo el impacto del láser.

Aniquilar aquel ejército de escorpiones gigantes desde la órbita en que se hallaba la cosmonave «Almogávar», matándolos uno por uno, no era tarea fácil y Xavi Mistral se dio cuenta de ello.

Podía salvarse subiendo a su pequeña nave lanzadera y regresando a la órbita, pero no abandonaría a las cuatro mujeres y a los dos hombres que había dejado al cuidado de Tío. La descriogenización había comenzado y no debía detenerla.

Era difícil calcular cuánto tardarían en llegar los primeros escorpiones gigantes a la destruida «Grand Boomerang». Por otra parte, existía la posibilidad de que, al ver quemarse a los que avanzaban en vanguardia, se asustaran y retrocedieran, porque los escorpiones tenían un temor mortal al fuego.

De existir arboleda, hubiera podido crear una barrera de fuego, pero nada había que quemar entre la cosmonave destruida y los escorpiones gigantes que seguían avanzando amenazadores, con sus aguijones en el aire y sus terribles y poderosas tenazas por delante.

Xavi descendió por el interior de la nave hasta llegar al suelo. Montó en la pequeña nave lanzadera y la puso en marcha mientras el rayo fino y rectilíneo seguía hiriendo el cielo para caer sistemáticamente y con inalterable puntería sobre cada uno de los escorpiones que, tras inflamarse, se convertían en cenizas, dejando su forma en el suelo como una mancha gris oscura.

Xavi Mistral elevó la nave lanzadera hasta colocarla sobre la superficie más alta de la cosmonave; de este modo, la alejaba de los primeros escorpiones que pudieran llegar.

Miró hacia el horizonte, hacia la masa oscura y oscilante.

Observó que la línea de avance se había extendido como queriendo escapar al rayo que los destruía uno a uno. Sorteaban las rocas y proseguían su avance, como atraídos furiosamente por la presencia de los intrusos llegados del espacio sideral.

Xavi bajó a la sala de criogenización.

—Todo en orden, todo en orden... Controles controlados, controles controlados —repitió el robot biónico como era habitual en él.

Los seis cuerpos criogenizados estaban a la vista, su temperatura aumentaba lentamente.

La velocidad a la que se efectuaba la descriogenización ya constituía un riesgo para los afectados, pues había que dar un amplio margen de tiempo para readaptación, circulación sanguínea, temperatura, respiración pulmonar, activación del ritmo cardíaco y funcionamiento de todos los órganos del cuerpo humano.

Respiró hondo; no podía arriesgar aquellas vidas acelerando la recuperación de los criogenizados, pero los escorpiones avanzaban tan aprisa sobre sus ocho extremidades...

Todavía faltaba mucho para despertarse.

Si llegaban antes los escorpiones, tendría que empujar los cartuchos de criogenización hacia el interior de la pared-armario y conectar de nuevo el sistema, lo que sería altamente peligroso.

Aquella larga espera ponía a prueba los nervios más templados.

Las cuatro mujeres y los dos hombres ignoraban lo cerca que se hallaban de la muerte.

Xavi volvió a subir a lo alto de la cosmonave y observó el avance de los escorpiones gigantes.

Desde la cosmonave «Almogávar», Julius seguía disparando, aniquilando a las alimañas.

—¿Cómo va eso, Julius?

—Mal. Estoy consumiendo gran cantidad de energía elaborada. Puede que de un momento a otro el cañón láser deje de disparar. No lo teníamos preparado para tantas horas de funcionamiento continuado.

—¿Cuántos escorpiones habrás eliminado?

—Es imposible contarlos, Xavi.

—¿Has puesto en funcionamiento el purificador y elaborador de energía?

—Sí, ya está en marcha. No entiendo de dónde han salido tantos escorpiones; cuantos más mato, más parece que queden. Es como un hormiguero gigante, pe-ro a Io bestia.

—Sí, ya veo, tengo ganas de dispararles con mi fusil.

—No lo hagas. Te quedarías sin energía y no conseguirías detener su avance. Están decididos a llegar donde tú estás. Es como si una energía enloquecedora los empujara hacia ti.

—Tú sigue disparando contra los más rápidos, a los que más se acerquen. Haré lo que pueda, y tú, si te ves en peligro, métete en la lanzadera y vuela de regreso hacia aquí.

Xavi estuvo observando la destrucción de los escorpiones y también el inevitable avance de la masa que aún podía contarse por

cientos.

Habían pasado más de cinco horas y media, una eternidad para los terrícolas, cuando el cañón láser del «Almogávar» dejó de enviar su rayo letal; había consumido ya toda la energía purificada y elaborada que precisaba para seguir destruyendo a las alimañas.

Ahora los escorpiones avanzarían más rápidamente hacia la cosmonave destruida.

Xavi regresó a la sala de criogenización.

El robot permanecía allí vigilante. Xavi observó que la bella cosmonauta tenía los ojos abiertos. Le miró, aguardó unos instantes y sonrió.

—Menos mal que tu despertar es bueno —dijo Xavi, preguntándole después—: ¿Puedes oírme?

—Sí —oyó que ella respondía claramente.

Xavi Mistral no quiso reflejar en su rostro la angustia que sentía en aquellos momentos para que la bellísima capitán de cosmonautas no sufriera un shock en su despertar del estado de criogenización, ya que debía ignorar incluso en qué época se hallaba.

—Me llamo Nadia.

—Bien, Nadia. ¿Cómo te encuentras?

—Creo que bien. ¿Falta mucho para que pueda levantarme?

Xavi Mistral miró el reloj del control y le respondió:

—Siete minutos.

Se preguntó a sí mismo cuánto tardarían los prime ros escorpiones gigantes en arribar a la «Grand Boomerang».

—¿Quién eres tú?

—Xavi Mistral. Os estábamos buscando y al fin hemos dado con vosotros.

—¿Y los demás?

—En los otros cartuchos de criogenización. Sois seis, ¿no?

—Éramos ciento ochenta y cuatro.

—¿Dónde están los demás?

La cifra se le antojó escalofriante. ¿Cómo habían podido ser sorprendidos tantos tripulantes por aquellas bestias malignas con el aguijón danzando por encima de sus cuerpos en forma amenazadora?

—Voy a ver cómo están los demás.

La prisa por sacarlos de allí ardía en la mente de Xavi Mistral.

Todos fueron abriendo los ojos con normalidad. Ninguno de los seis criogenizados sufría contratiempos, todos parecían gozar de buena salud.

Cuando pudo abrir la tapa de cristal del primer cartucho, Xavi respiró hondo.

—Vamos, afuera.

Su voz no podía disimular la prisa.

—¿Están esperando?

—Hay prisa, mucha prisa —le dijo a Nadia—. Afuera hay unos seres repugnantes que quieren atacarnos.

La muchacha palideció y con terror en su voz, inquirió:

—¿Los escorpiones?

—Sí.

—¿No se han marchado?

—Se habían ido, pero han vuelto. Arriba tengo una pequeña nave lanzadera. Vamos, aprisa, hay que subir a lo alto de la nave. Pero antes ayudaré a los demás.

Cuando el último de los hombres abandonaba el cartucho, pudieron oír ya unos ruidos inconfundibles.

Uno o más escorpiones gigantes habían conseguido introducirse en la nave destrozada en la primera invasión de los malignos arácnidos.

—Vamos, todos arriba, arriba.

Al salir al primer corredor, vieron la cabeza y las tenazas de uno de los escorpiones, ocupándolo todo con su cuerpo.

—¡Aaah! —gritó una de las chicas.

Con desconcertante velocidad, el escorpión avanzó hacia ellos con las pinzas abiertas, dispuesto a atenazarlos con ellas para fuego devorarlos.

Xavi Mistral saltó con su fusil incinerante y le disparó a la cabeza.

Fue un disparo corto que bastó para destruir totalmente la cabeza de la bestia negra que comenzó a sufrir contracciones tan violentas que derribó parte de los objetos que había al otro lado de las paredes, produciendo un gran estrépito.

Mientras la oleada de calor les llegaba con un olor insoportable, Xavi Mistral les dijo:

—Ese cadáver de escorpión impedirá que los otros pasen con rapidez por este corredor. Vamos.

Tío, el robot electro-mecano-biónico, hacía girar la esfera que le servía de ojo, mientras los destellos iridiscentes aumentaban de intensidad.

Por la abertura de una escotilla asomaba la tenaza de otro escorpión, que debido a su tamaño no podía pasar por el hueco de la escotilla pero sí había conseguido introducir la pinza por ella, tratando de apresar a los terrícolas.

Otro disparo corto incineró la pinza.

—¡Tengan cuidado, estamos rodeados por esas bestias que han conseguido llegar hasta aquí! —gritó Xavi Mistral.

El despertar de los criogenizados no podía ser menos plácido, con el riesgo de ser atrapados en cualquier instante, partidos por la fuerza de las tenazas y luego devorados.

—Tío, controla este distribuidor de corredores.

—Orden recibida, orden recibida... Controlar distribuidor de corredores, controlar distribuidor de corredores.

—Tío, si se acerca un ser no humano, destrúyelo.

—Orden recibida, orden recibida. Si se acerca un ser no humano hay que destruirlo, si se acerca un ser no humano hay que destruirlo.

Vio avanzar a un escorpión. Tío estiró su mano mecánica y apuntó con ella. Brotó un rayo rectilíneo que dio en la cabeza de la bestia, que avanzó un poco más para luego quedar completamente inmóvil.

—Ser no humano destruido, ser no humano destruí do —anunció.

Mientras Tío se quedaba vigilando la retaguardia, el grupo ascendía hacia la cúspide de la gigantesca cosmonave.

Estaban a punto de llegar arriba cuando Nadia se encontró con la horripilante cabeza de un escorpión que la observaba en lo alto, esperando cogerla entre sus pinzas, una de las cuales pasó rozando el cuerpo de la bellísima mujer terrícola que se dejó caer hacia atrás.

Xavi Mistral disparó contra la maligna alimaña que quedó muerta, tapando la escotilla que debía darles acceso a la parte superior y exterior de la cosmonave destruida.

—Ha debido trepar por el lado externo. Esperemos que arriba no haya más.

Una de las mujeres se lamentó:

—No podremos salir.

Pese a estar aniquilado, el escorpión ofrecía un aspecto tan horripilante que no era fácil acercarse a él para liberar la salida del obstáculo que representaba su cadáver.

Xavi Mistral, demostrando poseer una fuerza nada común, empujó el cuerpo del escorpión hacia el exterior, haciéndolo caer por el casco hasta el suelo.

—¡Vamos, arriba!

Salieron todos a la parte alta de la cosmonave que vieron rodeada por los escorpiones. Algunos de ellos ya comenzaban a trepar por el fuselaje.

—¡Todos al interior de la lanzadera! Estaremos apretados, pero, ¡todos adentro, rápido!

La orden de Xavi Mistral fue cumplida de inmediato.

Cerraban ya la puerta cuando uno de los escorpiones conseguía llegar hasta ellos, tratando de sujetar la portezuela con la pinza.

Xavi pasó el arma a Nadia para poder controlar él los mandos y la joven rubia disparó sin vacilaciones contra la bestia que , moviéndose furiosamente, trató de asestar un aguijonazo a la propia lanzadera, considerando a la pequeña nave como un ser vivo.

Xavi Mistral, que había previsto las malignas intenciones del escorpión gigante, puso bruscamente la nave en marcha. El aguijón golpeó contra la tobera de salida de energía y allí se derramó buena

cantidad de veneno.

La lanzadera se elevó en el aire mientras varias pinzas se alzaban inútilmente tratando de apresarla.

Tío quedó solo frente a los escorpiones, aniquilando a varios de ellos y repitiendo cada vez que conseguía un acierto: —Ser no humano destruido, ser no humano destruido…

CAPITULO III

—Créeme, os estaba observando por la pantalla y temía que no consiguierais despegar con la lanzadera.

Xavi Mistral miró a su compañero y amigo Julius, algo más bajo que él, ancho de hombros y complexión fuerte.

—Pues lo hemos conseguido. Espero que ya hayamos recargado el láser con la energía elaborada.

—Sí. No puedes imaginar la cantidad de escorpiones que liquidé, pero era todo un ejército, no sé cómo no los pudimos descubrir en la órbita que dimos al planeta.

—Debían estar escondidos en algún nidal de! subsuelo, bajo las rocas, como a ellos les gusta estar. Lo que no comprendo es ese gregarismo de que han dado muestras. Están unidos en “gran número como si fueran hormigas y los escorpiones no suelen estarlo.

—¿Y si lanzáramos una peladilla nuclear en el área en que anida ese ejército de escorpiones?

—No. Si esos escorpiones nos atacan, nos defenderemos, pero si están ahí y sobreviven es que guardan un equilibrio. Si ese equilibrio se rompiera, ellos morirían.

—¿Cómo?

—Por falta de alimentos, posiblemente. Hay mucho desierto, ellos son muchos y han de comer.

—Por eso se han mostrado tan voraces —le observó Julius.

—Sí, son muy voraces, pero si tienen ese tamaño y son tantos, será porque encuentran alimento en alguna parte.

—Vamos a visitar a los rescatados. Las chicas son muy hermosas, todo un peligro para nosotros con lo lejos que estamos de la civilización.

—Despacito, Julius... No vayas a ser peor tú para ellas que uno de esos escorpiones.

—Yo tengo listo mi aguijón para ellas.

—¡Granuja! .

Alrededor de la larga mesa, en la sala comedor, estaban reunidos los rescatados, tomando café y comentando entre ellos todo lo ocurrido. Xavi Mistral y Julius se les reunieron.

—¿Cómo se encuentran? —preguntó Xavi Mistral.

Uno de los hombres preguntó:

—¿De verdad no han encontrado ni rastro de nuestros compañeros desaparecidos dentro de la «Grand Boomerang»?

—Ni rastro. Usted es el profesor Gorostik, ¿verdad? —preguntó Xavi al superviviente que acababa de hablar.

—Sí.

—¿Qué explicación da usted a la total desaparición de restos?

—Desgraciadamente, que esos escorpiones se han comido hasta los huesos; es terrible, pero es así. Para esas alimañas, no somos otra cosa que proteínas, aunque ellos no sepan lo que es una proteína.

—¿A qué cree que puede ser debida la existencia de tantos escorpiones gregarios cuando en nuestro planeta viven más aislados, a lo sumo en pequeñas familias?

—El profesor Madeira es quien más sabe de este tema.

Todos miraron al profesor Madeira, más joven que su compañero. Lucía una barba algo descuidada pero que, de ordinario, debía llevar bien pulida y recortada.

—Ser gregarios o no, es una orden cerebral. Generalmente, los humanos somos gregarios, sin embargo, hay humanos que no lo son y son humanos también. Como digo, es una mentalidad y no una necesidad vital, aunque cuando se produce el gregarismo, es más fácil la supervivencia y reproducción de la especie, hasta cierto límite, evidentemente, porque al llegar a él —y la cantidad de individuos depende de cada especie— comienza la autodestrucción.

—¿Cree que esos escorpiones han llegado a su límite y comienza la autodestrucción?

—No puedo decirlo —añadió rápidamente—. Debería estudiarlos más y mejor, y con franqueza, no tengo ningún deseo de hacerlo.

—Comandante Mistral, porque usted es el comandante aquí, ¿verdad?

—Sí, soy el comandante de mi cosmonave, aunque Julius es un compañero y no un subordinado.

—Bien, comandante Mistral.

—Por favor, llámenme todos Xavi, es más corto y es mejor que convivamos lo más amistosamente posible. La cosmonave «Almogávar», como ya se habrán dado cuenta, no es muy grande, no se parece demasiado a la «Grand Boomerang».

—De acuerdo, Xavi —aceptó el profesor Gorostik.

—Magnífico.

—Estábamos hablando antes... —comenzó la capitán Nadia.

—¿Sí?

—Será mejor que te lo diga el profesor Gorostik.

Miraron de nuevo al profesor Gorostik, el terrícola de más edad de cuantos allí estaban.

—Nuestro laboratorio, toda nuestra información, está abajo en la «Grand Boomerang».

—No pretenderá regresar allí, ¿verdad?

—Xavi, hemos viajado millones y millones de millas espaciales. No vamos a estropear ahora todo nuestro viaje habiendo llegado ya al

lugar que teníamos fijado como objetivo.

—¿Y lo dice sabiendo que ciento setenta y seis terrícolas han desaparecido, devorados por los escorpiones gigantes?

—Es un hecho trágico y terrible, nadie lo discute. Cualquiera de nosotros podría haber sido devorado por los escorpiones, pero nos salvamos y ahora no podemos echarnos a llorar, hay que seguir adelante.

—¿Qué es lo que en realidad están investigando en este planeta?

Los profesores se miraron entre sí y las mujeres les miraron también a ellos. Fue la capitán Nadia quien puntualizó: —Es un secreto científico.

—De acuerdo que sea un secreto científico, pero ahora el comandante soy yo y no es que quiera imponerme a nadie, nada más lejos de mis intenciones.

—Sabemos que puedes dar la vuelta y marcharte de aquí —le observó la capitán Nadia.

—Sí, son un número suficiente para considerar completado el rescate. Por ustedes, la compañía de seguros espaciales me pagará lo suficiente para no tener problemas durante mucho tiempo.

—¿Es lo único que somos para ti? —preguntó Nadia; chispeando sus ojos azules mientras las aletas de su bella nariz griega semejaban hincharse.

—Un momento, yo tengo mi negocio.

—Tenemos —puntualizó Julius.

—Es cierto, tenemos, invertimos todo nuestro dinero en él. Se producen gastos, combustible, el robot que se ha dejado abajo con los escorpiones, y exponemos incluso nuestras vidas.

—No nos importa —dijo Julius—. Desde aquí arriba me he hinchado de matar escorpiones con e¡ cañón láser hasta consumir toda la energía elaborada.

—¿Adonde quieren ir a' parar? —preguntó el profesor Madeira.

—Muy sencillo. Podemos regresarles a Ia colonia terrícola más cercana y el seguro oficial nos paga. Nosotros somos una patrulla de rescate privada, es nuestra profesión y no siempre sale bien nuestra labor. Ahora nos piden que permanezcamos aquí, que continuemos arriesgándonos cuando ahí abajo está infestado de escorpiones gigantes, murciélagos y no sé cuántas bestias malignas más, pero ustedes prefieren decir: «secreto científico». ¿Piensan que así nos podemos quedar?

Nadia puntualizó:

—Así debe ser.

—Yo soy el que decide —objetó Xavi—, Si el motivo me parece bien, podemos quedarnos hasta que se concluya, haciendo lo posible y lo imposible para que consigan lo que se han propuesto hacer en este

desconocido planeta, arriesgando la vida, incluso, pero Julius y yo debemos saber de qué se trata.

—Si no lo decimos, ¿tenemos que regresar? —preguntó el profesor Gorostik, preocupado.

—No vamos a exponernos más porque ustedes no quieran abrir la boca a los oídos de quienes les han salvado la vida, arriesgando la suya.

—Os habéis arriesgado, pero no altruistamente, sino a cambio de unos posibles beneficios —objetó Nadia,

—Digamos que hipotéticos —respondió Xavi.

—Es un cínico del que no debemos fiarnos.

—Por favor, Nadia, nos han salvado la vida —le recordó Yuva, la más morena de las cuatro mujeres salvadas.

El profesor Gorostik apoyó sus palabras.

—Eso es innegable, pero regresar ahora sería privarnos de toda posibilidad de investigar. Transcurriría demasiado tiempo para que pudiéramos volver con una cosmonave adecuada. Es mucho tiempo, trabajo, dinero y seres humanos. Todo se ha perdido, pero nosotros estamos aquí. Si regresamos, quizá vuelva un equipo científico para seguir investigando, pero ese equipo ya no lo formaremos nosotros, habremos perdido nuestra oportunidad.

—¿Están de acuerdo entonces en que conozcamos ese secreto? Después de todo, ¿qué pueden temer? Estamos juntos, ¿no? ¿A quién se lo podemos contar cuando lo sepamos?

—Profesor Gorostik, la responsabilidad es suya — dijo la capitán Nadia que no parecía dispuesta a ceder. Sin duda alguna, era una fiel cumplidora de las normativas, reglamentos y toda clase de leyes. Carecía de la flexibilidad un tanto anárquica de los aventureros como Xavi Mistral y Julius.

—De acuerdo, la responsabilidad es mía. Profesor Madeira, ¿está usted en contra?

—No. ¿Qué importa que nuestros salvadores lo sepan? Si nos quedamos aquí, lo averiguarán de todos modos.

Julius y Xavi se dispusieron a escuchar.

—En el planeta Plutón, de nuestro Sistema Solar, fue descubierta una colonia abandonada, ignoramos desde hace cuánto tiempo.

—¿Terrícola?

—No. no era terrícola —respondió a Xavi el propio profesor Gorostik.

—¿Extraterrestre?

—Sí.

—¿Conocen su procedencia?

—No. Sabemos que pertenece a nuestra galaxia, pero se trata de una civilización desconocida; sin embargo, sus sistemas de escritura

pudieron ser descifrados por nuestras computadoras criptográficas. El caso es que tenían allí unos escritos referentes a este planeta, el cuarto de la estrella Ebrion 223.

—¿Y qué decían de este planeta?

—Que hubo tres civilizaciones inteligentes pero opuestas, enemigas acérrimas entre sí. Se enfrentaron en una guerra suicida y apocalíptica y llegó el inevitable holocausto nuclear total., —¿Total, total? —insistió Julius.

—Sólo es total cuando un planeta se fracciona en dos o un millón de pedazos. Cuando no ocurre así, siempre hay algo de vida que se salva.

—¿Como los escorpiones gigantes que debían estar ocultos bajo montañas de rocas o los murciélagos, en el interior de cavernas?

—Eso es —asintió el profesor Gorostik a Julius.

El profesor Madeira quiso puntualizar:

—Es evidente que esos escorpiones y también los murciélagos de que han hablado, pues yo no he llega- -do a verlos con mis propios ojos...

—Le podemos pasar unas imágenes —dijo Julius—, los tenemos grabados en cinta.

—Bien, ya les daré un vistazo. Como decía, es evidente que han sido mutados física y cerebralmente por una acción no natural como ha debido ser el holocausto atómico que ha asolado este planeta hasta hacer desaparecer sus ciudades completamente, como si no hubieran existido jamás. Imagino que, durante algún tiempo, los océanos se han desplazado de un lugar a otro, placas continentales han debido sumergirse y otras que antes pudieron ser submarinas han emergido.

—Bien, son animales mutados debido a una guerra atómica según lo que han podido descifrar de los documentos hallados en una colonia extraterrestre abandonada en el planeta Plutón de nuestro sistema solar, pero, ¿qué más? —inquirió Xavi Mistral.

El profesor Gorostik volvió a hablar.

—Parece ser, aunque este punto es el menos claro, que en este planeta ha subsistido un sistema de vida inteligente, jamás visto en parte alguna. En opinión de los alienígenas que abandonaron los documentos en Plutón, es un sistema horripilante de vida inteligente pero incapacitada para la evolución tecnológica. Debemos deducir que se ha debido a una mutación violenta de los seres inteligentes que aquí vivían y como si fuera un castigo por haber provocado el holocausto atómico en todo el planeta, han sido castigados para no poder utilizar más la tecnología que les condujo a la autodestrucción.

—¿Debo entender que están buscando a unos seres inteligentes que podrán parecemos horripilantes y que aun siendo inteligentes no pueden evolucionar tecnológicamente, que están condenados a una

especie de pasividad evolutiva?

—Más o menos. Sabemos muy poco más de lo que le acabo de exponer.

—No sabemos cómo es esa clase de vida inteligente con la que hemos venido a tomar contacto —añadió Nadia.

—¿Para ayudarles o para someterles?

—Su pregunta es ofensiva. Xavi. En la carta de la Confederación Terrícola queda perfectamente claro que nosotros no hemos de someter jamás a ningún pueblo, civilización o sistema de vida inteligente. Nuestro potencial bélico espacial no es ofensivo sino simplemente defensivo.

—A lo largo de nuestra historia terrícola, han sido muchos los que han dicho lo mismo, «nuestras armas son defensivas, no ofensivas», y luego han aplastado a! que han pillado desprevenido. Imagino que (os que vivían en este planeta hicieron lo mismo, por eso llegaron al holocausto atómico del que nuestra civilización terrícola escapó por los pelos.

—Está bien, no discutamos —le atajó Nadia—, Ahora ya sabes cuál es la misión.

—Ya, contactar con unos hipotéticos seres inteligentes y esta posibilidad ha costado ya muchas vidas.

—Nadie esperaba el ataque masivo de un ejército de escorpiones gigantes mutados, capaces de abrir las partes más débiles del casco de la nave con sus tenazas increíblemente poderosas. No supimos evitar ese ataque.

—Todavía no me han explicado por qué ustedes se han salvado en la criogenización y no otros.

—Fue una decisión del comandante de la cosmonave «Grand Boomerang» que debimos acatar. Por otra parte, aún dentro de los cartuchos de criogenización, había muy pocas posibilidades de escapar vivo del ataque masivo de los escorpiones que nos cazaron por sorpresa.

—Desaparecido el comandante de la «Grand Boomerang» —puntualizó el profesor Gorostik—, el nuevo comandante de la expedición es la capitán Nadia.

—De acuerdo, su comandante será la capitán Nadia, pero el comandante de esta nave soy yo.

—Lo que quiere decir —concretó Nadia con acritud suficiente— es que cuando estemos abajo la comandante seré yo y tú lo serás a bordo de la «Almogávar».

—Hay una diferencia —objetó Xavi.

—¿Cuál? —quiso saber la joven rubia.

—Que aquí arriba yo soy el comandante de todos. Y abajo, mientras la expedición funcione en busca de esos seres inteligentes

mutados, lo serás tú, pero sólo sobre vosotros; Julius y yo nada tenemos que obedecer.

—De acuerdo, no me queda otro remedio que aceptar tus condiciones.

—Y ahora, una' pregunta a todos: ¿tan importante es contactar con esos seres?

Todos le miraron y el profesor Gorostik se encargó de responder sin vacilar:

—Sí.

Xavi Mistral miró ahora directamente al profesor Madeira para preguntarle:

—¿Qué tiene que ver en esta expedición un hombre como usted que es entomólogo y estudia a los insectos?

—No lo sé, pero es norma en las expediciones que la Confederación Terrícola lanza a los planetas inexplorados, el incluir a un entomólogo. El estudio de los insectos es muy importante para cualquier exploración. No hay que olvidar que los insectos en general son muy gregarios, y forman sociedades perfectamente organiza-as. No sería de extrañar que en algún planeta hallásemos una sociedad de insectos, perfecta en su organización, que poseyera inteligencia.

—¿Como los escorpiones?

—Los escorpiones no son insectos sino arácnidos.

—Eso ya lo sabía, profesor. No soy tan inculto.

—Bien. La acción de los escorpiones nos ha sorprendido, y lo cierto es que lo mismo podía tratarse de hormigas o cualquier otra clase de insectos. Lo que falló es que no imaginamos que pudieran ser de tamaño gigante respecto a la proporción a que estamos acostumbrados.

—Es evidente que se descuidaron y que cometieron un fallo de medidas, lo que les costó muchas vidas humanas y una «Grand Boomerang».

—¿Tratas de humillarnos? —preguntó Nadia, arisca.

—No, pero si quieren regresar-abajo, no pueden olvidar la presencia de los escorpiones que, en cuanto nos huelan, atacarán como locos.

El profesor Madeira explicó:

—En las bodegas de carga de la «Grand Boomerang» hay materia suficiente para provocar grandes cortinas de fuego que impedirán el avance de los escorpiones.

—¿De veras? —se asombró Xavi.

—Sí, y lo más adecuado sería que esta nave descendiera al planeta.

Julius objetó:

—Eso es un riesgo muy grande.

—Mi amigo tiene razón; si nos destrozan la nave, jamás escaparemos de este planeta.

—Es una cuestión de técnica defensiva —le observó el profesor Madeira.

Nadia, sonriendo, añadió:

—Sí, está muy claro. Si esta cosmonave se coloca en un promontorio cerca de la cosmonave destrozada o incluso mejor sobre la propia «Grand Boomerang», si fueran capaces de conseguirlo, eso nos permitiría utilizar el cañón láser ,en forma de barrido en arco y no sería preciso aniquilar a los escorpiones uno por uno sino que serían barridos. Se consumiría mucha menos energía y se les impediría el avance.

—La verdad es que la chica tiene razón, Xavi —opinó Julius.

Nadia le puntualizó:

—La chica no, di Nadia o la capitán Nadia.

—De acuerdo, de acuerdo. ¿Qué te parece. Xavi?

—Que nos recuperaremos un poco aquí arriba, observaremos a través de las telecámaras si se han retirado los escorpiones y cuando el campo esté libre, descenderemos y que la suerte nos ampare porque vamos a necesitarla —sentenció Xavi Mistral.

CAPITULO IV

Xavi Mistral manejó con habilidad los mandos de su cosmonave «Almogávar». La conocía bien y apenas necesitaba mirar los paneles electrónicos que le proporcionaban datos sin cesar, especialmente en luces de colores que, por impactos fotónicos, le advertían si todo iba bien.

Julius formaba también parte del control de la cosmonave de rescate privada y aposentados en sus dependencias, aguardaban los seis rescatados de la cosmonave «Grana Boomerang».

Entraron en la atmósfera del planeta conocido como el cuarto de la estrella Ebrion 223.

La pobreza del aire era manifiesta; todos la conocían ya.

Xavi hizo volar la cosmonave «Almogávar» primero en círculos, luego en espiral cada vez más cerrada tras buscar la vertical sobre la cosmonave «Grand Boomerang», que ofrecía una enorme superficie lisa.

—Atención, capitán Nadia, ¿me oyes?

La joven asomó por la puerta de la cabina de pilotaje.

—¿Me llamabas?

—¿Crees de verdad que el techo de la «Grand Boomerang» resistirá el peso de la «Almogávar»?

—Si ocupa una posición adecuada y equidistante de los lados, seguro que sí.

—Esperémoslo, porque si cede y tenemos los motores detenidos, la «Almogávar» volcará y si cae al suelo desde lo alto de la «Grand Boomerang», tendremos averías irreparables. Eso significaría nuestro fin porque, entre otras cosas, quedaríamos a merced de.ios escorpiones gigantes.

—Si sabes manejar tu vehículo —le dijo, entre sarcástica y suficiente— no tiene por qué pasar nada malo.

—Pues, ¡abajo!

Movió una palanca sin previo aviso y se pusieron en marcha los retrocohetes de descenso en vertical Nadia tuvo que aferrarse a la propia butaca de Xavi.

Unas patas telescópicas aparecieron bajo ella, acoplándose sobre la superficie que ofrecía el techo exterior de la «Grand Boomerang», que, comparativamente con la «Almogávar», era veinte veces mayor.

Se produjeron varias oscilaciones y oyeron crujir las planchas metálicas del casco de la «Grand Boomerang».

La «Almogávar» osciló peligrosamente; el suelo metálico cedía bajo sus patas telescópicas, y Nadia tuvo que agarrarse ahora al

cuerpo de Xavi.

—Es la pata tres —advirtió Julius, que controlaba la inspección ocular de ¡os bajos de la cosmonave «Almogávar» gracias a las cámaras de telescopía.

Mientras la «Almogávar» se inclinaba, Xavi movió otra palanca que correspondía a las patas telescópicas.

Cambió manualmente su posición hasta que quedó fijada sobre un nervio del fuselaje de la «Grand Boomerang».

Nadia, recuperado en parte el equilibrio, se separó de él mientras Xavi Mistral, sin prestarle atención en apariencia, daba paso a una inyección de aire en e! sistema hidroneumático.

La pata telescópica fue estirándose hasta que el nivelador automático que poseía la cosmonave cortó el extensor telescópico y quedó completamente nivelada sobre la «Grand Boomerang».

—Listos, creo que no se moverá. Julius, comprueba luego que cada una de las patas tenga un buen asentamiento, no sea que nos dé alguna sorpresa. Hay que contar también con la posibilidad de que la chatarra que tenemos debajo pueda moverse.

—No es tan chatarra —protestó Nadia—. Si se taponan todos los huecos, podría utilizarse de nuevo.

—Me cuesta creerlo, tiene demasiados destrozos interiores. Las tenazas de los escorpiones gigantes son verdaderas cizallas; han cortado paredes enteras y arrancado paneles completos.

—De todos modos, haremos un recuento de averías para comprobar las posibilidades de restauración.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Pedir una nave-grúa o taller al planeta más próximo para que vengan a repararla?

—Eres muy sardónico —replicó a Xavi, que acababa de ponerse en pie.

—Soy práctico, no sueño, y la verdad, creía que tú, con tus leyes, tus normativas y tu graduación, también serías muy práctica, pero veo que te empeñas en divagar. No sé lo que quedará ahí abajo de esos laboratorios, pero lo que sí es conveniente es que reviséis el armero, porque supongo que llevaréis armero.

—Sí, claro.

—Bien, es una de las primeras cosas que hay que mirar. Cada uno de nosotros ha de ir bien armado y en todo momento, aun cuando se siente en el retrete.

—Eres muy divertido.

—Muy práctico, ya te lo he dicho. Hay que ir armados. Los escorpiones no deben cogernos desprevenidos, ahora que conocemos su existencia —se encaró con su compañero, que sonreía divertido, y dijo—; Julius, escoge a dos de las chicas y enséñalas a observar atentamente y a manejar el cañón láser y también los sistemas de

alarma.

—De acuerdo, estaremos alerta en todo momento.

—¡Alto! —exigió Nadia.

—¿Qué pasa ahora?

Xavi acababa de hacer aquella pregunta con un gesto que reflejaba cansancio.

—Habíamos hecho un pacto, ¿no? —respondió ella, conteniendo una agresividad que disimulaba mal.

—Eso es un pacto.

—Tú mandabas en la «Almogávar» y yo, aquí abajo.

—Exacto.

—Entonces, ¿por qué das tantas órdenes si aquí abajo la comandante de la expedición soy yo?

—De acuerdo, de acuerdo; pero, ¿acaso has salido ya de mi cosmonave?

La mujer vaciló.

—Es cierto, estamos aún dentro de la «Almogávar», pero ya estamos abajo.

—Abajo del cielo, encima de la «Grand Boomerang», pero dentro de mi cosmonave.

—Sí, pero...

—No hay peros —la atajó—. Mientras haya alguien dentro de esta cosmonave de rescate, el que manda soy yo. Cuando salgas por la escotilla y pises tu chatarra, serás libre de decir «ahora mando yo», igual que si acabaras de casarte.

—¡Eres insoportable!

—¿De veras crees eso de mí?

—¡Sí!'

—Si te parece, mejor dejamos de discutir y ponemos manos a la obra. Estaréis ansiosos de comprobar si vuestros equipos de investigación han salido indemnes.

Nadia quiso replicar, pero se mordió los labios.

Xavi Mistral era como un violento revulsivo para ella, acostumbrada a seguir una línea de conducta basada en las normas y las leyes que le daban una igualdad total frente al hombre, es más, había terminado con mando sobre muchos hombres.

Pero, de pronto, surgía Xavi Mistral que era un aventurero cínico y pragmático que daba órdenes a diestro y siniestro y lo peor de todo era que le debía la vida y, no sólo eso, sino que se daba cuenta de que sentía una gran atracción hacia él, una atracción física y espiritual que ella misma trataba de controlar y soterrar para que no emergiera de forma visible, traicionándola.

Al caer casi sobre Xavi en la toma de contacto, había sentido como si por su cuerpo pasaran un millón de voltios y deseaba pegarse a él

más y más.

Mientras Julius se hacía cargo de la vigilancia en unión de Yuva y Paola, los demás descendieron de la «Almogávar» para internarse en la «Grand Boomerang» por la escotilla abierta.

—Vayamos con cuidado —pidió Xavi.

—¿Temes alguna desagradable sorpresa? —preguntó el profesor Gorostik.

—Que lo diga el profesor Madeira. ¿Es posible que algún escorpión de esos haya quedado oculto en algún hueco de la nave, galería o dependencia?

—Sí, sí es posible —asintió el entomólogo—. Es más —añadió—, pudiera ser que estuviera herido y cualquier animal herido es más peligroso.

—Iremos con cuidado —dijo la capitán Nadia, poniéndose a! frente de la comitiva.

Xavi la cogió por el brazo y la hizo a un lado.

—Yo conozco mejor mi nave.

—Eso es cierto, pero si sale un escorpión, ¿qué? ¿Tendré que disparar a través de tu cuerpo?

—En las circunstancias en que nos hallamos, Xavi tiene razón —opinó e! profesor Madeira.

Nadia le lanzó una mirada llameante pero no replicó.

—¡Ahí hay un escorpión! —señaló Xavi.

—Pero está muerto, tiene la cabeza quemada —dijo el profesor Madeira.

—Sí, sí, ya lo veo.

—Seres vivos no humanos, destruidos; seres vivos no humanos, destruidos.

Xavi se volvió hacia el corredor que daba a su derecha.

—Tío, ¿estás bien?

Todos miraron al robot que avanzó hacia su propietario, repitiendo:

—No hay más seres vivos no humanos, no hay más seres vivos no humanos...

—Magnífico, Tío. Les presento a mi robot que se llama Tío. El cubrió la retirada mientras escapábamos del ataque de los escorpiones. De no ser por él, posiblemente la lanzadera no se hubiera podido poner en marcha.

—En Ia «Grand Boomerang» poseemos diversos tipos de robots —explicó Nadia, que puntualizó—. Aunque ninguno tiene aspecto de androide como el tuyo.

—¿Poseéis vehículos para trasladaros por la superficie del planeta?

—Tres —aclaró Nadia.

—Magnífico. Ahora, sigamos. Lo más importante es el armero,

cada uno de nosotros debe estar armado en todo momento. Tío, síguenos.

—Orden recibida, orden recibida.

Tío les siguió y todo el grupo se trasladó hacia el armero de la «Grand Boomerang», viéndose obligado a sortear varios cadáveres de escorpiones que olían a diablos.

—Habrá que sacarlos de la nave y quemarlos afuera —recomendó Xavi.

—Sí, es indispensable; de lo contrario, aquí el aire se haría irrespirable.

El armero estaba bien surtido de armas cortas y medias, todas ellas portátiles.

También había pequeños cañones láser, que podían instalarse adecuadamente en puntos estratégicos, y que, mediante un recio cable umbilical, recibían la energía suficiente para producir los disparos.

—Creo que con todo este material podemos convertir nuestro refugio en una fortaleza inexpugnable. Ahora, no olviden su arma por parte alguna; puede hacerles falta cuando menos lo esperen. Esta cosmonave es muy grande y tiene infinidad de reductos para esconderse.

—Yo voy a ver cómo está mi laboratorio —dijo el profesor Gorostik.

—Le acompaño —indicó el profesor Madeira.

—Vamos.

—Yo voy a revisar la sala de mandos, comprobaré también si funcionan las telecomunicaciones —dijo Nadia.

Se separaron. Xavi ordenó a Tío:

—Acompáñame.

—Orden recibida, orden recibida.

—Vamos a ver si encontramos algún vehículo tractor para sacar afuera los restos de los escorpiones.

En el hangar hallaron varios vehículos.

Comprobaron que la escotilla estaba bien cerrada, aunque había un par de agujeros que indicaban que los escorpiones habían penetrado también en aquel lugar con sus malditas tenazas que habían logrado cortar y retorcer las partes más débiles de la cosmonave.

También había un vehículo destrozado, como si algún escorpión hubiera querido comprobar que en su interior no había ningún ser para devorar.

Buscó un vehículo tractor y lo halló en perfecto funcionamiento. Montó en él acompañado del robot y con cables apropiados, fueron ambos en busca de los restos de los escorpiones.

Al encontrar uno de ellos, ordenó a Tío que lo sujetara con el

cable y el robot así lo hizo. Luego, el tractor hizo marcha atrás hasta conseguir colocarlo junto a un agujero.

El propio tractor empujó los restos que cayeron fuera de la cosmonave, y así uno tras otro, hasta que dejaron la cosmonave limpia de los repugnantes cadáveres.

—¿Todos esos habéis matado? —preguntó Nadia asombrada, viendo lo que había en el exterior.

—Sí, y los que había ya afuera. Ahora, utilizaremos uno de los cañones láser emplazables. ¿Funciona el sistema energético?

—Perfectamente.

El cañón láser, con el cable conectado a la red de energía elaborada y sostenido por un trípode, apuntó a los restos.

Oprimió el botón de disparo y brotó el rayo láser incinerante.

Los cadáveres de los escorpiones se fueron inflamando y reduciendo a cenizas hasta que no quedó nada de ellos.

—Listos, éstos ya no molestarán. Ahora hay que vigilar para que no nos vuelvan a sorprender; es un ejército silencioso.

—Sí, a nosotros consiguieron sorprendernos.

—No puede decirse que tuvierais una buena vigilancia y eso es elemental en un planeta desconocido. En fin, ¿qué dicen los profesores de sus laboratorios?

—Hay algún deterioro, pero podrán utilizarlos si no somos atacados de nuevo.

—Lo que tampoco comprendo es por qué necesitan laboratorios para contactar con esos supuestos seres inteligentes mutados que habitan en este planeta.

—Eso escapa a mi competencia —respondió Nadia.

—En todo esto hay algo muy raro…

—¿Raro? Sólo tratamos de comprobar la posible existencia de unos seres inteligentes mutados.

—Pero alguna idea tendrán, ¿no? Además, en el entorno no he visto nada con vida excepto los escorpiones y los murciélagos gigantes…

—En este planeta hay más vida.

—Eso seguro. De lo contrario, los escorpiones no habrían crecido tanto, han de alimentarse de algo.

Xavi estaba seguro de que terminaría averiguando lo que los científicos se llevaban entre manos.

Era evidente que sólo le habían contado una parte de la verdad. Tenía que ser algo difícil y preocupante cuando procuraban no hablar de ello y se dijo que comenzaría a investigar por su cuenta.

Pensó en la bella y espigada Rommy, de cabello trigueño y ojos claros, una muchacha particularmente atractiva.

Si salía con ella, Nadia se iba a molestar un poco, estaba seguro,

no aceptaría bien que se fuera con Rommy.

CAPITULO V

—La capitán Nadia es la que nos da las órdenes —repuso Rommy.

—No te preocupes, ya he hablado con ella y también con Julius. Vigilarán todo esto mientras los científicos trabajan; no sé en qué, pero parece que trabajan.

—¿Iremos solos?

—No.

—¡Ah! —exclamó la joven con algo de decepción, aunque sin dejar de sonreír.

Xavi había preparado lo indispensable en uno de los vehículos para comer si no regresaban pronto después de comprobar el perfecto funcionamiento del atom-hovercraft, un vehículo de gran calidad y seguridad.

La puerta del hangar estaba abierta y la rampa descendente, colocada.

El vehículo se elevó tres palmos de! suelo,

Rommy, al ver al robot tras ella, preguntó:

—¿El es quien va a acompañarnos?

—Sí.

—¡Qué bien!

—¿Te gusta?

—Me caen bien los robots.

—¿Por qué? —preguntó Xavi, mientras se alejaba de las cosmonaves pero evitando acercarse al área rocosa donde al parecer anidaban los escorpiones gigantes que en cualquier momento podían volver a formar su ejército para atacar a ¡os terrícolas.

—Porque a un robot, si molesta, siempre se le puede desconectar y se queda quieto, ciego, mudo y no oye.

—Negativo, negativo.

—No te preocupes, Tío, yo vigilo por ti y si considero que algo no debes verlo, ya te ordenaré que des una vuelta de ciento ochenta grados y así darás la espalda.

—Positivo, positivo.

—¿Y qué haces con este robot? ¿Le das, caramelos también? —preguntó Rommy, divertida.

—No, no es goloso.

—Hum, me parece muy mimado.

—¿Crees que los robots biónicos tienen sentimientos?

—No sé, no sé. Siempre dicen que es una máquina, pero se comportan como perritos falderos.

—Negativo, negativo.

—¡Qué simpático es tu robot!

—Positivo, positivo.

El vehículo se alejó hasta perder de vista las cosmonaves.

Xavi Mistral llevaba el radar automático abierto para que le advirtiese de cualquier peligro, no quería verse sorprendido por extraños seres que pudieran surgir en el planeta del holocausto.

Rommy no se mostraba en absoluto preocupada, más bien daba la impresión de estar contenta por marchar a solas con Xavi, el aventurero de rescate espacial.

Ella creía que Nadia había dado su asentimiento a aquella especie de paseo exploratorio por el planeta desconocido.

Sin dejar de conducir por uno de aquellos desiertos que tanto abundaban en el planeta que, visto a distancia, podía calificarse de yermo y estéril, Xavi abrió el telecomunicador y llamó: —Julius, ¿me oyes?

—Sí, Xavi, perfectamente. .

—¿Cómo va todo?

—Bien. Los de la expedición trabajan en lo suyo y yo estoy vigilando para que no nos sorprendan los malditos escorpiones.

—Alto, oigo una respiración.

—¿Respiración? —preguntó Julius, fingiendo sorpresa.

Desde el fondo, Xavi escuchó una risita femenina.

—¿Cuál de ellas es, Julius?

—Ejem... Bueno, es que estaba enseñándole a Yuva el funcionamiento del cañón láser.

—Cuidado con el cañón, Julius, que lo toque con cuidado hasta que te demuestre ser una experta.

De nuevo se escuchó la risita de Yuva.

—Bueno, Xavi, ¿querías algo?

—Sí, no cortes la comunicación rápida conmigo, en cualquier momento te puedo llamar. De todos modos, cada treinta minutos te comunicas conmigo por sí ocurriera algo. ¡Ah!, dile a Nadia, la comandante de la expedición, que Rommy está conmigo, explorando.

—Se lo diré. Y ten cuidado tú también, Xavi; hace mucho calor por esos desiertos, no vayas a abrasarte con Rommy.

—Descuida, vamos camino del océano.

Cortó la telecomunicación y prosiguió el viaje.

Rommy, un tanto seria, le preguntó:

—¿La capitán Nadia no sabía nada?

—Bueno, yo quería avisarla, pero estaba tan entretenida...

—Se va a poner furiosa, no tolera que se haga nada que no sea ordenado por ella misma.

—No te inquietes, cuando saque las uñas ya le diré que me arañe a mí. Por cierto, ¿tan autoritaria es?

—Sí, un poco; claro que si cumples con la labor que te encomienda, no hay problema.

—Bueno, entonces, no se le puede reprochar nada. Nadia es una cosmonauta adscrita a la milicia espacial de la Confederación y si se le dan unas órdenes debe cumplirlas y tiene que hacerse obedecer por cuantos están a su cargo.

—Ya. Oye, ¿adónde vamos?

—Quiero ver de cerca la orilla del océano.

—¿Nos bañaremos?

—No creo.

—¿Le tienes miedo al agua?

—ignoro qué clase de seres pueden habitar en ella. ¿Qué te parece si estuviera infestada de tiburones, alguna especie de pirañas o calamares gigantes? Y eso, por hablar de seres marinos que nosotros conocemos en nuestro planeta Tierra…

—Bueno, si lo pones tan difícil, tampoco quiero ser devorada. La verdad es que jamás podré olvidar lo ocurrido en la «Grand Boomerang». Fue horrible, menos mal que todos pasamos por la disciplina de autosuperación y olvido.

—Sí, tuvo que ser horrible, tantos compañeros devorados en el ataque por sorpresa de los escorpiones. ¡Eh, mira!

—¿Qué es?

—Parece un valle profundo o algo que se le parece. Acerquémonos y lo veremos mucho mejor.

Condujo el vehículo hacia el lugar que acababa de descubrir y que descendía muy visiblemente.

—Es un río verde.

—Sí, es un río verde, como dices. Eso indica que puede ir cargado de algas o de alguna sustancia mineral, ya lo veremos.

—El suelo de las orillas es gris.

—Nos detendremos cerca del río e inspeccionaremos todo esto. No hay árboles, pero las algas pueden ser un principio de repoblación si la flora acuática sigue su evolución natural.

—Nunca se sabe qué es lo que puede quedar después de un holocausto atómico.

Se acercaron al río y detuvieron el vehículo. Xavi Mistral estuvo observando atentamente en derredor, incluido el radar y los infrarrojos.

—¿Hay escorpiones, murciélagos o algo que se le parezca?

—No, parece que no hay seres extraños por los alrededores, sin embargo, hay algo muy raro.

—¿El qué?

—Del suelo emanan ondas de infrarrojos.

—¿Calor?

—Sí.

—¿Crees que ese calor sale del suelo?

—Sí, es muy posible. Tomaremos muestras de este lugar. Perforando aquí, seguramente encontraríamos una fuente de energía natural. Creo que a los sabios de la expedición puede interesarles esto.

—Sí, es posible, han venido para investigar.

—Pero, ¿investigar, el qué?

—La existencia de seres inteligentes mutados, ya lo sabes.

—Para eso hace falta un localizador de seres vivientes y un computador criptográfico, pero no un laboratorio de análisis.

—¿Qué puedo decirte yo?

—Sí, es verdad. ¿Qué puedes decirme? Tú estás muy bien.

—¿Tú crees?

Había una provocación sensual en la réplica femenina.

—Sí, sí lo creo.

—¿Cuánto tiempo pasáis los aventureros como tú por el espacio sideral sin... sin...?

—¿Sin acostarnos con una mujer? —completó Xavi.

—Bueno, yo no lo había dicho así.

—Ten cuidado, preciosa, soy un monstruo, estamos a solas y te puedo devorar.

—¡Uy, qué miedo! —exclamó ella. De improviso, le cogió el rostro y lo besó en la boca, y lo hizo con mucha más profundidad de lo que imaginara el propio Xavi.

—¡Caramba, Rommy, me has dejado sin aliento...!

—Pues prepárate, que esto es sólo el principio.

—Ejem, despacito, despacito... Primero, investiguemos qué es lo que hay aquí abajo, para eso hemos venido. Luego ya seguiremos.

—¿De verdad que seguiremos? —insistió la mujer.

A Xavi Mistral le dio la impresión de que los ojos femeninos se encendían al mirarle.

Estaba seguro de que, en otra ocasión, en cualquier colonia de descanso. Io habría pasado ' muy bien con ella, aunque sólo eso, pues no la veía como pareja definitiva. Sin embargo, ahora pensaba en Nadia.

Miraba a Rommy y ante él aparecía el rostro de la rubia capitán Nadia. Eso hizo que, en cierto modo, rechazara a Rommy.

—No olvides tu arma si sales, Rommy; nunca se sabe lo que podemos encontrar por ahí fuera.

—Yo no tengo muchas ganas de salir, pero si te empeñas...

Abandonaron el vehículo y la muchacha comentó:

—¿Te has fijado en que el suelo es algo blando?

—No sé qué clase de materia será ésta —observó Xavi, mirando al suelo.

—Parece orgánica.
—Sí, eso creo yo.
—¿No corremos peligro de hundirnos? —preguntó Rommy, mirando en derredor.
La masa grisácea se extendía a lo largo del río, formando orilla a ambos lados del mismo.
—Nos llevaremos unas muestras para los científicos.
. —¿Del suelo?
—Sí, y también de las aguas verdes del río.
—No me gusta este lugar.
—En este planeta, por lo visto, no hay nada bonito —comentó Xavi—. No hay bosques...
—La culpa es del holocausto atómico; no obstante, si hay algas, la evolución se producirá, ya que la atmósfera es buena para la vida y también hay luz y temperatura.
—Voy a ir andando hasta aquellas cuevas que se ven allá arriba.
—¿Y si hay bichos?
—¿Bichos? ¿Te refieres a escorpiones gigantes?
—Sí, o a cualquier otra clase de animales.
—Espero que no. De todos modos, quédate aquí con el vehículo. Si me pasa algo, ya sabes conducirlo.
—Sí, pero tengo un poco de miedo.
—Tienes un arma, ¿no?
—Sí.
—Y un vehículo donde refugiarte.
—Sí...
—Pues anda, quédate aquí; enseguida vuelvo. La pared es bastante escarpada.
Xavi deseaba sentirse suelto para trepar por las abruptas paredes. Le dio una palmadita en la mejilla, pero Rommy prefirió darle un beso en los labios.
—Estaré poco tiempo. Este es un planeta para explorar, para eso estamos aquí.
—No tardes.
—No te perderé de vista. Si te sucede algo, enciérrate en el vehículo y haz sonar la sirena.
Xavi se alejó, no sin antes acercarse a la orilla del río.
Introdujo su mano en él y sacó agua con abundancia de algas.
Observó que el río era ancho y posiblemente fuera profundo, pero la corriente resultaba tan lenta que más recordaba a un pantano.
—Es posible que algunos animales se alimenten de este exceso de algas. Pueden ser animales acuáticos o los propios murciélagos, aunque no sabía que comieran algas, claro que, a falta de otra clase de comida, puede que se hayan adaptado.

Xavi arrojó las algas al suelo y observó que pronto perdían su color verde y casi desaparecían.

«Qué descomposición más rara. Ya se lo diré a los científicos», pensó, mientras reanudaba su camino.

Mientras Xavi Mistral se dirigía hacia las cavernas que podían verse como enormes ojos en las paredes rocosas que algo más lejos semejaban estrangularse, Rommy entró en el vehículo y conectó la reproductora musical para entretenerse.

Salió afuera y comenzó a bailar sola, como extasiado, pero sus pies levantaron parte del suelo. Cuando se dio cuenta de ello, dejó de bailar mientras la música continuaba sonando.

Lanzó una mirada hacia Xavi Mistral, pero éste ya se hallaba lejos, trepando por las escarpadas paredes en un intento de llegar a las cavernas, y explorar en ellas.

Se agachó y tomó un pedazo de aquella materia relativamente blanda.

Ni Rommy ni el vehículo se hundían en ella, pero observó que entre sus manos era moldeable, fácilmente moldeable.

—¡Qué pasta más rara! Y despide calor…

Rommy tuvo la impresión de que alguien la observaba, que unas ondas extrañas la envolvían.

—Qué raro, no veo a nadie —se dijo, mirando en torno.

Hizo una pequeña montaña en el suelo, y como entretenimiento manual, comenzó a moldear aquella especie de barro gris que no era mineral, sino orgánico.

Despedía calor; era como si tuviera vida y no sabía de qué clase.

Siguió moldeándola y sonrió al comprobar que estaba realizando una estatuilla masculina que debía parecerse al propio Xavi Mistral y que tenía algo más de dos palmos de altura.

El trabajo comenzó a interesarle tanto que se abstrajo en él.

Rommy se descubrió a sí misma como una buena escultora de moldeado. Sus dedos trabajaban bien, y utilizando la punta de una navaja que formaba parte de su equipo, perfiló mejor cada detalle.

La cabeza le pareció que tenía gran semejanza con la de Xavi.

Rommy, muy interesada en aquella labor, moldeó el cuerpo de la figura como supuso seria el cuerpo del propio Xavi, el aventurero de rescate espacial.

Le pareció que su trabajo era bueno, casi excelente, pero a la figura le faltaba algo… Miró el nacimiento de ambas piernas y sonrió, maliciosa.

Tomó otra pequeña porción de pasta y en su propia mano moldeó unos órganos genitales bien dotados. Riéndose de sus propios pensamientos, colocó lo que le faltaba a la figura hasta dejárselo bien sujeto, después, la observó a distancia.

—Seguro que no me he equivocado, deben ser así.

La separó del suelo, limpiándole los pies y lo que hizo fue separarla de su medio. De pronto, tuvo una sorpresa que la paralizó.

—No es posible —casi gimió.

El muñeco había movido la cabeza, luego, agitó los brazos y las piernas. Rommy, asustada, lo soltó, gritando: "

—¡Aaah!

El muñeco cayó sobre la masa gris que conformaba el suelo junto a aquel río verde repleto de algas, un río que apenas tenía corriente, era casi una charca alargada de varios kilómetros.

La figurilla miró a Rommy, luego le dio la espalda y echó a correr ante el espanto de la muchacha, que retrocedió hacia el vehículo sin pensar en ningún momento en utilizar su arma para cortar la fuga del muñeco que ella misma moldeara con sus manos y que, de pronto, había cobrado vida.

Xavi Mistral, que se hallaba en la entrada de una de las cuevas, pudo oír los gritos de Rommy y se volvió hacia ella.

A distancia, vio el vehículo atom-hovercraft y junto a él a Rommy, pero no vio nada más y le extrañó.

—Rommy, Rommy, ¿me escuchas? —llamó por el telecomunicador portátil incorporado en su muñeca, en la misma caja del reloj.

Antes de que Rommy pudiera responder, escuchó un ruido impresionante. Se volvió y vio un horrible monstruo asomando por Ia puerta, un reptil que caminaba sobre sus patas posteriores, alzando sus manos hacia adelante mientras abría la boca mostrándole sus grandes y agudos colmillos mientras todo su cuello se abría como un diabólico abanico espinoso y coloreado que le hizo recordar el clamidosaurio de King terrícola, el lagarto originario de Australia. La principal diferencia era que aquel monstruo parecía ser diez veces mayor de tamaño y, en consecuencia, muchísimo más peligroso.

Comprendiendo que con aquel monstruo tras él no lograría descender por la pared escarpada donde el reptil sí podría hundir sus garras para correr con más facilidad, optó por emplear su arma en defensa propia, ya que no tenía intención alguna de ser devorado.

La cabeza del monstruo se inflamó mientras daba grandes sacudidas.

Parte del abanico cartilaginoso golpeó a Xavi Mistral, que estuvo a punto de despeñarse.

Pudo agarrarse al extremo de una roca donde quedó colgado mientras aquella bestia horrible y grande, ya sin cabeza; daba fuertes sacudidas, hasta el punto de que con la cola arrancaba pedazos de roca de las paredes.

Finalmente, el cuerpo, de algo más de ocho metros de largo, se

precipitó al vacío y cayó en las aguas llenas de algas del río donde chapoteó algo mas hasta quedar quieto, medio hundido.

Xavi se rehízo. Consiguió hacer pie en un lugar más seguro, y después, llamó de nuevo por el telecomunicador. "

—Tío, ¿me oyes?

—Positivo, positivo —respondió el robot.

—Sal afuera y ayuda a la terrícola hembra.

—Orden recibida, orden recibida.

A distancia, vio cómo Tío salía del vehículo y se acercaba a Rommy dando vueltas en torno a ella como buscando algún posible enemigo.

Llevaba sus tenazas por delante para disparar sus rayos contra algún posible enemigo, si es que éste se presentaba.

Xavi dio una última ojeada al cuerpo del monstruo que había salido de la cueva y se dijo que el planeta estaba menos muerto de lo que parecía a simple vista.

Descendió hábilmente entre las rocas, y cuando llegó junto a Rommy, preguntó:

—¿Qué te ha ocurrido?

—¡Ha sido horrible!

—¿El monstruo?

—Al monstruo que te ha atacado lo he visto, pero...

—No hay seres vivos humanos, no hay seres vivos humanos... Tampoco hay seres vivos no humanos, tampoco hay seres vivos no humanos.

—Quieto, Tío.

—Orden recibida, orden recibida.

Xavi cogió a Rommy por los brazos para tranquilizarla a! tiempo que le preguntaba:

—¿Qué es lo que ha pasado?

—He estado haciendo una figura.

—¿Una figura, de qué clase?

—Un hombre, un hombre desnudo. No era grande, tendría como medio metro de alto o menos.

—¿Con qué la has hecho?

—Con esta pasta que hay en el suelo.

—¿Esta pasta? Qué extraño, parece blanda y luego no lo es tanto. También parece que la superficie es algo más dura que más abajo.

—He hecho un muñeco, ha cobrado vida de pronto y se ha marchado corriendo —y señaló en la dirección en que se había alejado.

—¿Que has hecho una figura y ha cobrado vida, marchándose corriendo? —repitió Xavi, atónito.

Rommy, apoyando sus palabras con vigorosos asentimientos de

cabeza, repitió:

—Sí, sí, es lo que he dicho.

—¿No será una alucinación?

—No, estoy segura. Mira, mira, he cogido de ese agujero.

—Es cierto, parece que aquí falta cierta cantidad que puede corresponder al tamaño de esa figura que dices haber hecho.

—Y en el suelo quedan restos.

—pero, ¿así de pronto se ha marchado Ía escultura?

—Sí, sí, así de pronto. He tenido un susto que por poco me muero.

—Bien, será mejor tomar unas muestras y marcharnos.

—A mí este suelo me da miedo. Tengo la impresión de que se me van a hundir los pies en él y que luego no podré volverlos a sacar.

Xavi sacó unos botes para muestras y tomó una porción de agua del río con algas y un poco de aquel suelo.

—Creo que habrá suficiente para que los profesores lo analicen, aunque lo bueno sería encontrar ésa figura que dices haber hecho.

—Si lo digo es que la he hecho, no estoy loca —protestó Rommy.

—Está bien, no te enfades, tomemos las cosas con calma. ¿Por dónde dices que ha huido?

—Por allí —le señaló la orilla del río.

—Voy a ver si la encuentro.

—¡No, no me dejes sola, tengo miedo!

—Entonces, será mejor que regresemos —se volvió hacia el robot y dijo—: Tío, sube al vehículo, nos vamos.

—Orden recibida, orden recibida.

Regresaron de inmediato a las cosmonaves. Cuando Julius los distinguió a lo lejos, se comunicó con ellos.

—¿Qué, Xavi, estaba buena la chica?

—Cállate —hizo una pausa y luego preguntó—: ¿Algo nuevo por ahí?

—No te puedo decir nada.

—¿Por qué?

—¿No me has dicho que me calle? —y se echó a reír.

El vehículo atom-hovercraft se introdujo en la cosmonave gigante «Grand Boomerang».

Abandonaron el vehículo y Xavi ordenó al robot:

—Tío, sal y da vueltas vigilando en torno a las cosmonaves. Si detectas algo, ponte en contacto conmigo.

—Orden recibida, orden recibida.

El robot volvió a salir de la cosmonave descendiendo por la rampa mientras Xavi y Rommy iban en busca de los profesores.

Justo antes de llegar a la puerta del laboratorio, se encontraron con Nadia. Pretendía mostrarse fría, pero sus ojos chispeaban.

—Rommy, ¿cómo te has alejado de la cosmonave sin mi permiso?

—Ha sido culpa mía —la cortó Xavi, que llevaba los frascos en su mano, muy visibles.
—He preguntado a ella.
—Lo sé, pero la culpa es mía, te lo repito. Le he dicho que tenía tu consentimiento.
—Eso es mentira.
—Ya se lo he dicho después, y Rommy se ha molestado por el engaño, pero me hacía falta para recoger muestras.
—Sí, sí, le he ayudado a recoger muestras —se apresuró a decir Rommy, poniendo en su cara una sonrisa de disculpa.
—Bueno, lo importante es lo que hemos encontrado. ¿Los profesores están dentro?
—Sí.
—Vamos, Rommy.
—Sí, sí.
Nadia vaciló, pero luego les siguió.
Los profesores Gorostik y Madeira estaban en su laboratorio, que había sufrido pocos daños pese a la invasión de los repugnantes escorpiones.
—¿Cómo va eso?
—Estamos analizando las tierras —dijo el profesor Gorostik.
—Pues nosotros hemos encontrado algo que puede ser muy importante.
—¿De veras? —preguntó el profesor Gorostik.
—Sí. sí —corroboró Rommy—. Ha sido horrible.
—¿El qué? —inquirió la propia Nadia.
—Hemos encontrado un suelo blando, de color gris.
—Sí, un suelo del que hay una vasta extensión junto a un río repleto de algas.
—Es un suelo que despide calor, ¿verdad, Xavi? —preguntó Rommy, buscando su asentimiento.
—Sí, los infrarrojos no engañan.
—Puede que el subsuelo tenga una corriente de agua termal —opinó Nadia, restándole importancia al hallazgo.
—Lo que no se van a creer es lo que ha ocurrido —les dijo Rommy, mirándoles a todos, uno por uno y muy vacilante.
—Anda, explícales lo mismo que me has dicho a mí.
—Pues, he cogido una porción de esa masa gris y he confeccionado una figurita.
—¿Qué clase de figura? —preguntó ahora el profesor Madeira.
—Un ser humano, un hombre.
Nadia, mordiente, preguntó:
—¿Vestido o desnudo?
—Pues, desnudo.

—¿Y ha sido Xavi el modelo?

—¿Yo?

—Pues sí, la he hecho como él.

—¿Y has recurrido a la imaginación, a la vista o al tacto?

—Basta, Nadia, deja que Rommy se explique —atajó Xavi.

—Sí, creo que será lo mejor —ratificó el profesor Gorostik, vivamente interesado por lo que comenzaba a intuir.

—Pues, cuando la figurita estaba ya moldeada, se ha movido.

Nadia se echó a reír, hiriente.

—La diosa Rommy que da vida a la figura de barro...

—Se ha movido, y ante mi espanto, se ha marchado corriendo —insistió.

—¿Y el modelo ha ido tras su reproducción?

Todos miraron ahora inquisitivos a Xavi, que explicó:

—Yo no estaba presente, acababa de habérmelas con un reptil gigante. Es mejor que sepan que hay otra clase de monstruos además de los escorpiones y los murciélagos. El planeta tiene más vida animal de la que creíamos. Creo que se deben de alimentar comiéndose entre sí, pues todos tienen un tamaño considerable.

—¿Dónde está esa masa gris? —inquirió el profesor Gorostik.

—Aquí le traemos una muestra y también otra del agua del río, repleta de algas.

—Profesor Madeira, ¿hacemos una pequeña prueba?

—Sí, creo que es lo adecuado.

Nadia preguntó:

—¿Tan importante es?

Xavi alargó el frasco al profesor Gorostik, que lo tomó y abrió, mostrándolo al profesor Madeira. Ellos, con un cambio de mirada, se entendían; sabían bien lo que buscaban.

El profesor Madeira extrajo una porción de aquella masa con una cuchara de acero.

La puso sobre un cristal opaco y luego miró a Rommy, inquisitivo.

—¿Podrías hacer una figurita? —le preguntó.

—No, no, voy a tener pesadillas.

—Hágalo usted —pidió a su colega.

El profesor Madeira, con sumo cuidado pero con gran destreza, fue moldeando la masa. Ante la sorpresa de todos, hizo un pequeño escorpión que quedó de color gris.

—¿Y eso es lo que se va a mover? —preguntó Nadia, sarcástica.

Nadie pronunció una palabra, mas de pronto, la cola del escorpión se movió y luego todo él comenzó a caminar.

—¿Lo ven, lo ven? —exclamó Rommy.

—Es cierto. Todo lo que se hace con esa pasta, cobra vida.

—Profesor Madeira, capture de inmediato a ese escorpión —le

pidió el profesor Gorostik.

El profesor Madeira tomó una campana de cristal y capturó al escorpión que quedó encerrado dando vueltas en círculo, tratando de escapar.

—No es que cobre vida todo lo que se haga con esa pasta gris, es que la pasta en sí ya tiene vida, sólo que. al darle una forma, se comporta como debe comportarse. ¿No es así, profesor Madeira?

—Exactamente. Cada animal tiene la forma apropiada para sus necesidades y se mueve en función de su cuerpo, sus extremidades y sus exigencias vitales. Si en vez de un escorpión hubiera hecho un gusano, se arrastraría.

—¿Es esto lo que venían buscando? —preguntó Xavi directamente.

—No estamos seguros del todo, pero es posible que sí. En la colonia que hallamos en Plutón, encontramos unas muestras de materia gris, pero ya estaba muerta, carecía de vida.

—¿Quiere decir que esta materia gris es vida inteligente? —interrogó Xavi. escéptico.

—De momento, sólo podemos decir que es vida. Eso está comprobado, basta ver a ese pequeño escorpión.

Rommy puntualizó:

—Y la figurita que se escapó.

—Ya, la réplica de un macho terrícola —ironizó Nadia..

—Sí, será como un hijito mío perdido en el planeta del holocausto.

El profesor Gorostik asintió.

—Un alienígena a imagen y semejanza de un terrícola.

—Profesor, tengo una duda muy importante.

—¿Cuál, Xavi?

—Supongamos, que es mucho suponer, pero digamos que existe la posibilidad, por lo que han dicho, de que esa materia gris tenga inteligencia. No sé cómo ni lo comprendo, pero imaginemos que la tenga.

—Sí, es una posibilidad. Analizaremos las muestras y, si es igual que la muestra muerta que nosotros tenemos, será tejido cerebral.

—¿Tejido cerebral? —repitió Nadia, sorprendidísima.

—Pronto lo sabremos —indicó el profesor Gorostik.

—¿Quiere decir entonces que ese pequeño escorpión puede ser inteligente como nosotros?

—Si esa materia tiene inteligencia, lo que todavía no podemos asegurar, ese escorpión será inteligente y no sólo en el cerebro como nosotros, sino en todo su cuerpo.

—Pero, ¿cómo es posible? —objetó Nadia, encarándose con los profesores—. Ese pequeño escorpión no tiene órganos, todo él es de una sola masa.

—Es cierto —admitió el profesor Gorostik—. No tiene una

composición física como la nuestra, es decir, un cuerpo formado por músculos, estómago, hígado, etcétera. El es toda una masa que vive de forma extraña y distinta, pero vive. Una célula unida a otra se sostiene, se pasa la energía y el alimento si es preciso.

—¡El alimento! —observó Xavi casi en una exclamación.

—Es cierto, si no come, morirá.

—Las algas —señaló Xavi al profesor Madeira.

—Ahora todo son conjeturas —observó el profesor Gorostik-. ¿Comprendéis por qué teníamos que hacer una investigación secreta?

—No puedo creer que una vasta extensión de suelo, a ambas orillas del río, sea todo un cerebro —musitó Xavi mientras el profesor Madeira tomaba una porción de algas y las pasaba por debajo de la campana de cristal De inmediato, el escorpión se puso encima de las pequeñas algas.

Ante los ojos de todos, las algas fueron perdiendo su color y desapareciendo en parte.

—Está comiendo, es evidente —dijo el profesor Gorostik.

—Absorbe el alimento por simple contacto, no necesita comer como podemos hacerlo nosotros.

—Eso mismo lo he visto en el lugar donde hemos sacado las muestras.

El profesor Madeira preguntó a Xavi:

—¿Qué es lo que has visto?

—He dejado caer unas algas al suelo y han desaparecido como esas que acabamos de dar al escorpión.

—Pero, ¿cómo puede alimentarse el resto del cuerpo? —quiso saber Nadia.

—Las células tienen una estrecha unión unas con otras, y se pasan la energía perfectamente. Estamos ante algo desconocido, una especie de cerebro gigante o la unión de múltiples cerebros colocados en extensión, sin protección y capaces de autoalimentarse sin necesidad de otros órganos elaboradores.

—Lo que no me gusta nada —rezongó Xavi, mirando al escorpión encerrado— es la posibilidad de que esto tenga inteligencia.

CAPITULO VI

Xavi Mistral había reemplazado a Julius en el puesto de vigilancia en la cabina de control de la cosmonave «Almogávar», y tenía conectadas todas las cámaras de telescopía.

La pantalla de observación había quedado dividida en seis imágenes distintas a través de las cuales Xavi Mistral podía observar los trescientos sesenta grados que componían el entorno de las cosmonaves dentro de las cuales residían y trabajaban los terrícolas.

Los escorpiones no habían vuelto a la carga, semejaban haber desaparecido en las entrañas del subsuelo rocoso del planeta del holocausto atómico.

¿Qué esperarían? ¿Habrían sufrido bastante lección con la réplica que les dieran los terrícolas con sus armas?

No había que confiarse, aquellas alimañas gigantes habían devorado a demasiados seres humanos terrícolas para que no desearan proseguir con su macabro festín.

—Es un cielo sin lunas.

Xavi se volvió.

—Nadia.

La comandante de la expedición científica añadió:

—Me gustan más los planetas con luna y si tienen varias, mucho mejor. Mirar al cielo estrellado y ver esas redondeces o parte de ellas, grandes y luminosas, como enormes focos, me gusta.

—Sí, es cierto, son más bonitas las noches con luna.

—En fin, creo que en ocasiones me dejo llevar por un poco de sentimentalismo —dijo, como si se disculpara.

Xavi la observó con más atención. El rostro de la bella capitán de cosmonautas estaba más relajado, más suavizado.

—¿No será que el mantener una disciplina constante en torno tuyo te obliga a una tensión que no deseas?

—Es posible, pero soy un oficial de la cosmonáutica miliciana de servicios auxiliares, y debo mantener esa disciplina. Tú eres cosmonauta y sabes que en la navegación espacial, en la exploración de nuevos planetas, esa disciplina debe aumentarse en bien de toda la expedición. Los peligros que nos acechan son múltiples y, desgraciadamente, sorpresivos y traicioneros como el ataque de los escorpiones que irrumpieron en el interior de Ia «Grand Boomerang» desde diversos puntos, destrozando el fuselaje.

—¿Te sientes responsable?

—No. En aquellos momentos, yo no era la comandante ni la oficial de guardia y vigilancia. Quien cometió el descuido murió entre las

pinzas de los malditos escorpiones.

—Y tú no quieres que suceda otra vez lo mismo, claro.

—Por supuesto que no.

—Te doy la razón, Nadia, pero ahora estoy vigilando yo y tú puedes relajarte y pensar un poco en los cielos con luna V en poesías que son un bálsamo para el espíritu de los humanos terrícolas.

Ella miró con fijeza. En la pantalla se sucedían las imágenes que llegaban gracias a los rayos infrarrojos, ya que era de noche.

—Xavi...

—Quieres decirme algo, ¿verdad?

—Sí. '

—Pues adelante.

—Eres un cínico.

—Eso ya me lo dijiste.

—Sí, pero hay algo más.

—¿El qué?

—Te he juzgado a la ligera.

—¿De veras? —preguntó, sonriente.

—Sí. He pensado que todo lo que hacías estaba mal y en razón a tus propios beneficios.

—¿Qué te ha hecho pensar de forma diferente?-

—No sé.

—¿Has hablado con Rommy?

—Tenía que hacerlo.

—¿En razón a una cuestión personal o por cuestiones de mando?

—Un poco de todo.

—¿Y te ha dicho que no me he aprovechado de ella?

Ella se volvió para no mirarle.

Prefirió clavar sus ojos en el cielo estrellado a través de la ventana panorámica y curva de la cabina de mando, desde la cual vigilaban no ser nuevamente sorprendidos por las alimañas que poblaban aquel planeta.

—Sí, eso me ha dicho.

—Tú creías que yo, como un sátiro o como un macho cabrío al uso, no habría desperdiciado la ocasión.

—Hubiera sido lo lógico en un cosmonauta aventurero que ha pasado mucho tiempo recorriendo el espacio sideral, sin contacto con mujeres. ¿No crees?

—Sí, hubiera sido lógico.

—En tu compañero Julius lo ha sido.

—¿Ah, sí? No sabía.

—Estoy segura de que ha hecho el amor con Yuva.

—¿Y vas a condenar a Yuva por eso?

—No, claro, en sus horas libres es dueña de sí misma, pero...

—¿Qué?

—No me gustaría que Julius le hiciera daño a Yuva y la dejara abandonada después como quien utiliza un pañuelo de papel.

—¿Y no has pensado que puede ser la propia Yuva quien abandone a Julius como un pañuelo de usar y tirar?

—No.

—¿Por qué? ¿Las mujeres sois especiales?

—He hablado con Yuva.

—¿Y qué?

—Me ha dicho que le quiere.

—Un enamoramiento muy rápido...

—El amor es así, ciego e incontrolable.

—No soy de la misma opinión.

—Los hombres, en ese aspecto y pese a todos los avances, sois diferentes, se diga lo que" se diga.

—Yo no lo creo así. La unión de una pareja es más que la unión de los sexos, mucho más. Por tanto, el hombre puede sufrir lo mismo que las mujeres ante un abandono o un menosprecio.

—Sois más prácticos.

—Eso es un tópico. Yo creo que las mujeres sois más prácticas que nosotros.

—Me temo que discutiríamos toda la noche sobre este tema y no llegaríamos a ningún acuerdo.

—Sí, es mejor no hablar de ello. Tú no tienes pareja oficial, ¿verdad?

Ella se volvió despacio para mirarle a los ojos.

—No.

—¿Te has dedicado por entero a tu labor oficial?

—Sí.

—¿Y así llenas por completo tu vida?

—Sí.

—¿No te parece poco?

—Pues... —vaciló.

Xavi alargó su mano y cogió a Nadia por la cintura para atraerla hacia sí. Ella ofreció una pequeña resistencia, como si no quisiera moverse.

—Estate quieto.

—¿Por qué?

—No juguemos; no soy ninguna niña.

—¿Tienes miedo?

—¿Yo? —se volvió de nuevo hacia él, mirándole con ojos desafiantes.

—Cualquiera diría que te comportas como una niña asustada.

—Pues no soy ninguna niña.

—Creo que tienes miedo.

—¿De ti?

—No, de ti misma.

—Eso es absurdo.

—¿Me dejas que te bese, entonces?

—¿Para qué?

—Esa sí es una pregunta absurda, Nadia… De todos modos, puede servirte para saber por ti misma si estás asustada o no.

—No tengo ningún miedo.

Xavi hizo de nuevo presión en la cintura femenina. Esta vez ella no opuso resistencia y cedió al abrazo.

Su cuerpo esbelto y grácil presionó ligeramente contra el de él, era una presión suave. Notó que su vientre hacía contacto con el del hombre y que sus pechos se apoyaban contra el tórax masculino, pero el rostro se mantuvo ligeramente separado porque arqueó el cuerpo hacia atrás, lo que hizo que sus pechos se alzaran ligeramente.

Xavi acercó sus labios despacio a los de ella. Había un placer en la lenta aproximación, buscando la reacción de Nadia, que no se movió.

Pero cuando llegó al roce de ambas bocas, Xavi creyó notar un ligero temblor que le agradó.

Rozó los labios de ella; no cometió la torpeza de presionar con violencia de entrada. Rozó y rozó, a derecha e izquierda. Alzó con los suyos el labio superior y bajó luego el inferior, como abriéndole la boca con mimo.

Se acopló con sibarítico cuidado y la boca de Nadia acabó suplicando placer, un placer que le fue dado y que compartió con el aventurero de rescate espacial.

Se vio obligada a cerrar los ojos y su mente se llenó de estrellas y de múltiples lunas de iridiscentes colores.

*

—No hay duda de que son células nerviosas —manifestó el profesor Gorostik después de intensos análisis y observaciones con el microscopio atómico.

—Pero son células más grandes —dijo su colega Madeira.

—Sí, y tienen una envoltura nutritiva con unas desconocidas membranas de transmisión, no sólo nerviosa sino de alimentación. Son células que no necesitan un riego sanguíneo como nuestro cerebro, pero los núcleos son células nerviosas cerebrales idénticas a las nuestras, sólo que cada una de ellas tiene una envoltura grande, una especie de colchón que alimenta a la célula propiamente dicha que, a su vez, ejerce la función de nuestros órganos.

—¿Cree que esto se debe a la mutación atómica de un cerebro?

—Más bien opino que son muchos cerebros que viven en comunidad, formando uno solo pero que pueden separarse. Es más, cada porción de esta materia que es separada, se convierte inmediatamente en un cerebro autónomo con más o menos limitaciones debido a su volumen, pero un cerebro autónomo.

—Es muy complicado todo esto. Si conseguimos un buen estudio de este descubrimiento, podemos obtener el Gran Premio Confederal de la Ciencia Terrícola.

—Lo más importante no es obtener ese premio de la ciencia terrícola, Madeira. Lo importante es descubrir lo que ha sucedido aquí. Ningún planeta habitado por una civilización está libre de caer en el holocausto atómico. Nosotros estuvimos a punto de ser víctimas de él y quizá ahora seríamos lo que este policerebro autosuficiente sin más cuerpo que una masa informe que se acomoda al suelo junto a la orilla del río que le alimenta. Es incapaz de evolucionar porque carece de cuerpo para moverse y de manos para manipular, construir y crear. Es una condición terrible de eterna pasividad.

—Pero ese cerebro piensa, ¿no?

—Por los análisis que hemos realizado, sí, piensa, pero puede estar aletargado por siglos de quietud, de estratificación.

—Con algún estímulo puede despertar, ¿no?

—Sí.

—Ese muñeco que ha hecho Rommy ha sido como un despertador.

—Sí. Lo que quizás hagamos sea buscar una nueva porción de masa ahora que ya sabemos dónde está. Haremos otros muñecos y veremos qué reacciones tienen.

—No olvidemos en ningún momento que la civilización que hubo aquí y que terminó en una guerra total y múltiple era muy agresiva, terriblemente agresiva.

—Los terrícolas también somos agresivos.

—Quizás ellos lo fueran más.

—De todos modos, en la situación en que ese cerebro se encuentra, por grande que sea, nada puede hacer. Rommy y Xavi han dicho que podían pisarlo sin problemas. ¿Qué pueden hacer esas neuronas?

—No lo sabemos —Gorostik suspiró de nuevo—. La verdad, me siento agotado, mañana continuaremos con esto. Hay mucho que estudian muchas pruebas que hacer y debemos observar todos los comportamientos.

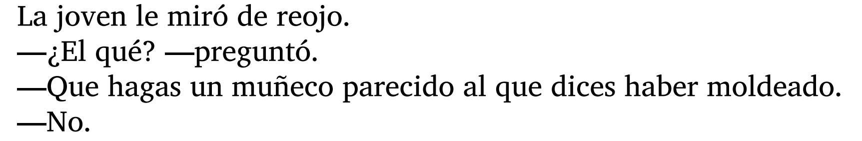
El profesor Madeira no dijo nada y dejó que Gorostik se marchara.

Buscó a Rommy y la encontró frente a una pantalla de diversión para levantar su ánimo.

—Rommy, vamos a salir —le dijo.

—¿A salir ahora?

—Sí.
—Es de noche —le observó la joven.
—Hay que ganar tiempo al tiempo.
—¿ Y adónde vamos?
—A recoger unas muestras.
—¿Lo sabe la capitán Nadia?
—La capitán Nadia esté descansando. Ya te ordené que dependieras sólo de nosotros, los profesores.
Rommy se encogió de hombros. Cerró la pantalla de diversión tridimensional a color, y tomando su arma reglamentaria que todos en la expedición estaban obligados a llevar, acompañó al profesor Madeira, que se mostraba preocupado.
Había tomado varias cajas que cargó en el atom-hovercraft.
—Podíamos esperar a mañana para tomar muestras...
—¿Acaso temes algo, Rommy?
—No sé... ¿Y si salieran los escorpiones?
—Con este vehículo, que es muy rápido, podemos escapar con suma facilidad. Lo malo es estar en un lugar de donde no se pueda huir.
En la memoria del vehículo tenían grabada la ruta seguida por Xavi y Rommy en la anterior excursión, por lo que ya no podían perderse.
Puso en marcha el monofaro y salieron de la «Grand Boomerang» por la rampa.
Cuando se hubieron alejado, la voz de Xavi Mistral sonó dentro del vehículo, preguntando:
—¿Quién va a bordo?
—Soy el profesor Madeira; me acompaña Rommy.
—¿Qué hacen? Es de noche.
—Se han terminado las muestras y hay que seguir analizando.
—Bien, pero tengan cuidado. Hay más animales monstruosos de los que parece, no se separen de las armas.
—De acuerdo, vamos y volvemos enseguida.
El profesor Madeira cortó la conexión. Rommy, intrigada, preguntó:
—¿Qué es lo que se propone?
—Tomar más muestras.
—Podía haber ido solo. La computadora del vehículo le habría llevado sin problemas.
—Las normas son que nadie salga solo. Además, quería coger muestras del lugar exacto de donde las tomaste tú.
—Creo que toda la extensión grisácea sirve.
—Sí, sé que hay una vasta extensión, pero quisiera del mismo sitio exacto. Además, luego tengo que pedirte algo, Rommy.


La joven le miró de reojo.

—¿El qué? —preguntó.

—Que hagas un muñeco parecido al que dices haber moldeado.

—No.

—¿Por qué?

—No me gusta.

—Vamos, vamos, tendrás la sensación de que eres una diosa dando vida.

—La vida ya está ahí.

—Eso es cierto, tú sólo has dado forma a la materia. Creo que lo que debemos hacer es modelar un ser humano. Lo pondremos en un lugar adecuado y observaremos si es capaz de pensar, de comunicarse, y cuáles son sus apetencias. ¿Sabes que hay células que se metamorfosean según las necesidades?

—Sí, claro.

—Pudiera suceder que, modelando una figura como si fuera en barro, se pusiera a vivir de forma autónoma y transformara el interior de su cuerpo.

—¿Haciendo órganos como los nuestros?

—O parecidos. Es un estudio apasionante.

—A mí me da miedo.

—Asombraremos a toda la ciencia terrícola con este hallazgo. Cuando encontramos la colonia alienígena abandonada en el planeta Plutón, ya descubrimos esa pequeña porción de materia que ya estaba muerta, pero que sin duda arrancaron de la masa gris que tú has descubierto, intuí lo que podía significar, pero no podíamos estar seguros. Sólo teníamos unos pocos gramos de materia muerta, casi desecada y congelada. No era lo mismo que ahora, que tenemos la materia caliente y viva, en completo funcionamiento.

—A mí todo esto me parece horrible —opinó, sincera—. Es el peor castigo que puede caer sobre una civilización que pudo ser muy avanzada. Mejor hubiera sido la desaparición total que esa mutación monstruosa a la que no pueden escapar por los siglos de los siglos.

—Era lo peor que les podía pasar a ellos, pero no a nosotros, que con este hallazgo tenemos la oportunidad de saber más y más.

Rommy le miró y le pareció un científico obsesionado. No le gustó, lo vio tan distinto a Xavi Mistral que incluso llego a repelerle.

Por unos instantes, tuvo la impresión de estar junto a un individuo al borde de la locura, y deseó que el regreso a las cosmonaves se produjera cuanto antes.

Llegaron al lugar exacto donde habían estado Xavi y Rommy.

El profesor Madeira preguntó:

—¿Es aquí?

—No lo sé; de noche, sin luna…

—El faro ilumina mucho, el río se ve perfectamente.

—Sí, supongo que es aquí. En el río cayó un monstruo que Xavi mato.

Encendió el faro articulado y el potentísimo haz de luz barrió la superficie del agua hasta que, a lo lejos, divisaron las patas del monstruo emergiendo por encima.

—Sí, es aquí. Bien, salgamos, tomaremos unas muestras.

—¿Y regresaremos enseguida? —preguntó, ansiosa.

—Sí, claro, hay que ir al laboratorio. Cogeremos materia suficiente para hacer dos figurillas como las que dices haber hecho.

—¿Cuál es su propósito, profesor?

—Si sale bien, volveremos en otra ocasión para hacer una figura a tamaño natural como nosotros.

—¿Pretende fabricar un monstruo?

—No, simplemente deseo fabricar un ser de este planeta.

—Yo prefiero no salir, vigilaré desde aquí arriba.

—Como quieras.

El profesor Madeira descargó las cajas que pensaba llenar con aquella materia moldeable que, sin embargo, en su capa superior ofrecía una resistencia mayor sobre la que se podía caminar.

Llevaba una pequeña pala articulada que se convertía también en un pequeño azadón y que utilizó para arrancar una porción de aquella materia cerebral viviente que se extendía cubriendo sin duda muchos kilómetros cuadrados, ya que se hallaba a ambas márgenes del río.

Rommy se dijo que, cuando llegaran a la cosmonave, se negaría a hacer una nueva figura de tipo humano, y que, si el profesor Madeira trataba de obligarla, se quejaría a la capitán Nadia.

Mientras esto pensaba, abrió la telecomunicación.

—Xavi, Xavi, ¿me oyes?

—Sí, ¿ocurre algo? —preguntó Xavi, con una voz algo más ronca, una voz que indicaba cansancio y a la vez relajación.

—Nos encontramos en el lugar donde estuvimos tú y yo.

—¿Todo bien?

—El profesor está recogiendo muestras pero en cantidad. Creo que quiere hacer más figuras.

—Era de esperar.

—No me gusta esto. Habla de cosas que no entiendo, es como si pensara crear nuevos seres, no me gusta.

—¡Aaaaaagg!

El grito llegó claramente hasta Rommy cuando el profesor Madeira ya había cargado una de las cajas en el vehículo.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Xavi, rápido y atento.

—No lo sé.

Con el foco articulado, la joven iluminó al profesor.

—¡Qué horrible!

—¿Qué pasa, Rommy? —inquirió Xavi con apremio.

—¡Hay muchos seres pequeños que se han abalanzado sobre el profesor y lo están cubriendo completamente!

—¿Seres pequeños?

—Sí.

—¿Qué puedes hacer para salvarle?

—No lo sé, tengo miedo.

—¿Puedes disparar?

—No, he cerrado la puerta... Han matado al profesor Madeira, están arrastrando su cuerpo... ¡Yo regreso de inmediato, regreso!

CAPITULO VII

—¿Qué ha pasado? —preguntó Nadia, inquieta.

—No sé, parece que han atacado al profesor Madeira.

—¿Es grave?

—Me temo que sí.

—¿Y Rommy?

—Regresa.

—¿Sola?

—Sí.

—¿Hemos de considerar que el profesor Madeira es una baja?

—Me temo que sí. Habrá que informar al profesor Gorostik.

—Le avisaré en seguida.

—Habrá que salir en busca de Rommy.

—Si viene en el vehículo, podrá llegar sola.

—Sí, pero un momento, un momento... —dijo Xavi, preocupado, mirando la pantalla en la que se reflejaba cuanto captaban las cámaras de telescopía.

—¿Qué es eso?

—Los malditos escorpiones.

—¿Dónde están?

—Lejos todavía, por eso forman una línea, pero están en derredor.

—¡Qué miedo!

—Sí, nos han puesto un cerco, pero se mantienen a distancia, como esperando el momento de! ataque.

—Entonces, ¿operan como un ejército?

—Así parece, diríase que alguien los mueve.

—¿Atacarán?

—Lo ignoro, pero hay que estar alerta. Despierta a los demás. Esos bichos pueden atacar en cualquier momento y hay que estar atentos al manejo de todas las armas, especialmente los cañones láser.

—¿Y Rommy?

—Voy a establecer contacto con ella.

Nadia abandonó la cabina y Xavi abrió el telecomunicador.

—Rommy, Rommy, ¿me oyes?

Hubo de repetir varias veces la llamada. Al fin, ella le respondió con voz evidentemente nerviosa.

—Sí, sí, te oigo.

—Tranquilízate, por favor.

—No puedo, no puedo... Han matado al profesor Madeira.

—Cálmate, conduce con seguridad. Vas a necesitar tener los nervios tranquilos.

—¡No puedo, no puedo!

—Haz un esfuerzo y escucha bien lo que te voy a decir: para llegar a las cosmonaves, vas a tener que traspasar un cerco.

—¿Un cerco? —repitió, más asustada aún.

—Sí, los escorpiones nos han rodeado.

—¡Nooo!

—Calma —le exigió Xavi, y luego prosiguió—: Los escorpiones nos rodean por todas partes, pero están a distancia.

—¡No podré pasar!

—Sí podrás, lleva las luces encendidas.

—Ya las llevo.

—Cuando te veamos, yo mismo haré un barrido de cañón láser por delante de ti. No temas y sigue avanzando, yo te controlaré. Dispararé para aniquilar a los escorpiones que puedan estar delante de ti.

—¿Y si me quedo donde estoy y espero?

—No, será mejor que vengas, no sabemos en qué momento habremos de partir de aquí, depende de cómo nos ataquen. Si estuviéramos en órbita, podríamos lanzarles una bomba nuclear, pero aquí abajo sólo podemos emplear las armas convencionales, y ante un ataque masivo, quizá lo mejor sea marcharnos.

—¿Y si, si... —vaciló, el terror estaba emulsionado en sus palabras — si me cogen con sus pinzas?

—¡Adelante, Rommy!

—¿Por qué no vienes a buscarme con la lanzadera?' Ella puede volar.

—Sí, pero eso significaría dejar de controlar los cañones. Animo y adelante, Rommy.

Rommy continuó avanzando, iluminándose con los faros,ˆ cuándo en la cabina entraban Nadia y el profesor Gorostik. Este último iba abrochándose la guerrera y sus ojos eran somnolientos.

—¿Es cierto que el profesor Madeira ha muerto?

—Parece que sí. Ahora hay que evitar que los escorpiones nos ataquen.

—¿Cómo ha sido? —insistió.

—No sabemos. El profesor Madeira se ha llevado a Rommy al lugar donde está expandida esa masa cerebral —le explicó Nadia.

—¡Ahí está! —exclamó Xavi, mirando la pantalla.

Efectivamente, se veía una luz lejana que se aproximaba.

—Ha de atravesar el cerco de los escorpiones —dijo Nadia.

—Voy al laboratorio a ver si Madeira ha dejado alguna nota — indicó el profesor, saliendo de la cabina.

—¡Rommy, te estoy viendo!

La muchacha, muy nerviosa, preguntó:

—¿Qué hago?

—Sigue adelante, voy a abrirte camino. Tú misma te darás cuenta de por dónde disparo, avanza en esa dirección y no temas, no voy a incinerarte a ti.

—¿Podrás abrir el cerco de los escorpiones? —interrogó Nadia, preocupada.

—Creo que sí.

—¿Qué pasa? —inquirió Julius, apareciendo.

—Estamos rodeados por los escorpiones y Rommy se acerca.

—¿Rommy?

—Ya te lo explicaré...

—Tú y Yuva controlad los otros cañones —le pidió Nadia.

—Hazle caso, Julius. Estamos cercados y esto puede significar una batalla encarnizada.

Xavi lanzó la primera ráfaga de láser y a través de las pantallas vieron el resultado.

Se produjo como una cortina de fuego y la primera línea de escorpiones quedó ardiendo.

Lo que Xavi no podía ver, desde la posición en que estaba, era el grosor de aquel cerco que podía ser de unos pocos escorpiones o de muchos en fondo.

Se dijo que podía haber hecho caso a Rommy e ir a buscarla con la lanzadera que era capaz de volar por encima de los escorpiones, y merced a su gran maniobrabilidad, podía acercarse, rescatar a la joven y regresar, pero ello significaría el abandono de aquel puesto privilegiado desde el que podía hacer frente al temible cerco.

—¡Adelante, Rommy, adelante!

Rommy avanzó iluminándose con el mono faro y el faro articulado.

Vio claramente el ataque de Xavi que hacía arder algunos de los escorpiones, pero ella vio más. Era un grupo compacto delante de su vehículo, que le cerraba el paso.

—¡Hay más, muchos más!

—Seguiré disparando.

—No podré pasar. Algunos ya se revuelven contra mí, los veo claramente y yo no puedo disparar sin abrir la portezuela.

—Espera a que te abra más camino.

Xavi fue centrando mejor sus disparos, concentrando las ráfagas de láser en el punto donde quería abrir un pasillo para que pasara Rommy.

Nadia, a su lado, miraba aterrada la pantalla.

—¿Cuántos serán?

—No lo sé.

Rommy, asustada, veía a su alrededor los escorpiones que trataban de cercarla.

Se sintió como zarandeada, y temió oír el crujido de-la plancha del vehículo entre las pinzas de los escorpiones, pero lo que ocurrió la aterro tanto que quiso lanzar un grito y éste no pudo salir de su garganta.

El techo del vehículo sufrió una presión y un grueso y largo aguijón penetró en el atom-hovercraft. No cabía duda de que era el aguijón de un escorpión que la atacaba.

El veneno cayó en una cantidad espeluznante dentro del vehículo, fueron varios litros de mortífera ponzoña y bastarían unas pocas gotas para que un ser humano muriera.

El veneno, en tanta cantidad, apestaba, y una picazón insoportable llenó las cavidades olfativas de Rommy, que desesperada, hizo girar a un lado y a otro el vehículo hasta desprenderse del aguijón del arácnido que trató de cogerla con sus terroríficas pinzas.

Un fuerte acelerón del atom-hovercraft hizo que se alejara del monstruo, con demasiada velocidad para qué el escorpión la alcanzara pese a que la alimaña debió de moverse a más de cien kilómetros por hora, sostenida por sus cuatro pares de patas.

Tres escorpiones más trataron de alcanzar al vehículo, que se desplazaba sin tocar el suelo gracias a su colchón de radiación antigravitatoria.

—¡Socorro, auxilio, Xavi, auxilio, Xavi!

—Te llama a ti y no a mí —observó Nadia.

—Sí, me voy a salvarla, díselo.

Mientras Xavi desaparecía de la cabina, Nadia llamó a la joven en peligro.

—¡Rommy, Rommy! ¿Me escuchas? Soy Nadia.

La voz de Nadia era enérgica, segura. Había un tono de mando en ella pero a Ía vez infundía confianza.

—¡Me persiguen!

—Aléjate de los escorpiones en dirección contraria a ellos.

—¡Es lo que hago!

—Ellos no pueden darte alcance, son mucho más lentos. Xavi ha salido en tu busca con la lanzadera; él te dará alcance.

—Es lo que estoy esperando, de lo contrario jamás llegaré a la cosmonave.

En aquellos instantes, por la rampa surgía la nave lanzadera que se elevó a no mucha altura y pasó por encima de los escorpiones que alzaron sus pinzas al cielo como tratando de apresarla —Aquí Xavi. ¿Me oyes, Nadia?

-Sí.

—Haz puente de comunicación con Julius.

—Ahora mismo.

La mujer movió unas clavijas y se oyó la voz de Julius,

—Eh, Xavi, ya te he visto. Esos malditos escorpiones no podrán hacerte nada.

—Julius, escucha.

—Te escucho.

—¿Tienes listo el plan «Cerco de Fuego»?

—Sí.

—Ponlo en marcha inmediatamente.

—De acuerdo.

Mientras la lanzadera volaba en busca del vehículo que Rommy pilotaba, huyendo despavorida de los escorpiones cuando ya el suelo de su vehículo estaba lleno de veneno, Julius llamó al robot biónico y le dio órdenes concretas.

—Tío, adelante con el plan C.F.

—Orden recibida, orden recibida. Poner en marcha plan C.F., poner en marcha plan C.F.

Giró sobre sí mismo y se dirigió al hangar de Ia cosmonave «Grand Boomerang».

Montó en un tractor con remolque, cargado con un lanzador y diversos tonelitos de aspecto casero.

Descendió por la rampa que conducía al suelo del planeta del holocausto atómico. Cuando se hubo alejado casi cien metros, comenzó a girar en torno a la cosmonave, describiendo un círculo.

Tío, cumpliendo un plan previsto y grabado en la minicomputadora que era su cerebro artificial comenzó a disparar los tonelitos que salieron volando en dirección a los escorpiones.

Cada uno de los bidones, al estrellarse contra el suelo, estallaba y se incendiaba, provocando una cortina de fuego persistente que obligó a retroceder a las alimañas.

Tío consiguió colocar un cerco de fuego en torno a las naves para impedir que los escorpiones avanzaran con sus terroríficas pinzas y aguijones.

Los ojos de las bestias negras fulguraban, reverberando el amarillo rojizo de las llamas que les impedía atacar a los terrícolas que seguían resistiendo 'en las cosmonaves.

La «Grand Boomerang», destrozada por muchos puntos, y la «Almogávar» sobre ella, constituían un auténtico desafío a un mundo y a unos seres desconocidos.

—¡Rommy, Rommy!

—¡Xavi!

—Estoy volando encima de ti, detente.

—¡No, no!

—¡Sí!

—¡Me atraparán, no quiero morir!

—¡Los escorpiones están lejos, detente!

Rommy detuvo el atom-hovercraft y aguardó hasta ver cómo junto a ella se detenía la lanzadera que abrió su portezuela.

No lo pensó más y saltó fuera del vehículo cuando, de pronto, por entre los huecos de unas rocas, surgió violento y agresivo otro escorpión algo más pequeño pero con pinzas terroríficas que trataron de coger las piernas de Rommy.

Esta, al darse cuenta, gritó hasta agudizársele la voz.

—¡Noooo!

Xavi la cogió por un brazo mientras accionaba el mando elevador.

La lanzadera voladora se alzó unos metros con la portezuela abierta y parte del cuerpo de Rommy pataleando en el aire mientras el escorpión se erguía cuanto podía, mas no logró alcanzarla.

El brazo de Xavi demostró poseer la fuerza suficiente para izar a Rommy a bordo.

Esta se tendió sobre los asientos y Xavi cerró la puerta inmediatamente, preguntándole:

—¿Cómo estás?

—¡Qué horrible! —gimió ella.

—¿Estás herida?

—No, no, creo que no.

—Nadia, ¿me oyes? —dijo, llamando por el telecomunicador.

—Sí. ¿Cómo está Rommy?

—Bien, a salvo.

—Menos mal. Aquí hemos contenido el avance de los escorpiones con e! cerco de fuego.

—Bien, si sucede algo más, hacedme una llamada.

—¿No vas a venir ahora? —inquirió Nadia.

—Voy a pasar antes para ver lo que le ha ocurrido al profesor Madeira.

—¡Noo! —gritó Rommy.

—Sí, voy a ir.

—¡Tengo miedo!

—No te sucederá nada, regresaremos enseguida.

Nadia, desde la cabina de mando de la cosmonave «Almogávar», dijo:

—Os estaremos esperando.

Xavi manejó hábilmente la lanzadera, yendo eh busca del río.

Rommy sollozaba aún de terror.

—Tranquilízate, mujer.

—No puedo.

—Debes sobreponerte.

No tardó en encontrar el río, ya que la velocidad de la lanzadera era muy superior a la del vehículo atom-hovercraft.

Inmediatamente conectó los focos, el de proa y el de la panza,

iluminando una vasta extensión de terreno, dejándolo casi como si fuera de día pese a que la pequeña aeronave se hallaba a medio centenar de metros de altura.

El color verde del río saltaba a la vista. Allí crecían y se reproducían las algas que servían de alimento a aquella materia gris y viviente que podía moldearse con las manos y formar nuevos seres vivos, independientes del resto de la masa.

Entraron por la garganta donde el río quedaba encajonado.

A la salida vieron ya las patas del monstruo abatido y también las orillas grisáceas.

Xavi se acercó a la orilla, iluminándola, y para ver mejor lo que había abajo, conectó las telecámaras. En la pequeña pantalla del salpicadero, pudieron ver un esqueleto humano.

—¿Es él? —preguntó Rommy entrecortadamente, con el rostro húmedo de lágrimas.

—Me temo que sí.

—¿Cómo han podido devorarlo tan pronto?

—Ha debido servir de alimento a la masa gris, a esa fusión de cerebros mutados que precisan nutrirse.

—Es horrible. ¿Y hemos viajado años-luz para encontrar esto?

—Así es el espacio, Rommy. En pocas ocasiones se encuentran cosas maravillosas que ya jamás pueden olvidarse y otras veces lo que descubrimos es tan horrible como esto.

—¡Eh, mira, ahí abajo hay un ser!

Xavi movió el control remoto de la telecámara y enfocó en pantalla al pequeño ser de medio metro de altura.

—¡Si se parece a mí!

El extraño muñeco u hombrecillo, como si se hubiera dado cuenta de que lo estaban observando, parecía mirarles a su vez a través de la pantalla.

—Yo, yo sólo modelé un muñeco... —balbuceó Rommy—. Yo no he hecho ese ser; es demasiado perfecto.

—Pero se parece a mí.

—Es como si se hubiera perfeccionado, si es el que yo hice.

—Eso es lo que ha podido suceder.

—¡Hay otros! —exclamó Rommy.

—Sí, y son grises todavía.

Rommy se volvió para mirarle de frente, perpleja.

—¿Qué quieres decir con ese «todavía»?

—No lo sé, pero tengo la impresión de que ese ser que nos mira ha hecho con sus manos lo mismo que tú hiciste anteriormente.

—¿Muñecos que cobran vida?

CAPITULO VIII

El profesor Gorostik, estaba absorto en su investigación.

Había sacado al pequeño escorpión de la campana de cristal, sujetándolo con unas pinzas, y lo examinaba de cerca, atónito e incrédulo.

Aquel escorpión que movía sus patas bajo una gran lupa, para mejor ser observado, no era el mismo que modelara el profesor Madeira con sus dedos. Ahora era negro, con reflejos brillantes, y sus patas resultaban perfectas.

Sin soltarlo de las pinzas, buscó una afiladísima cuchilla, v sosteniendo al pequeño animal bajo la lupa, lo abrió por el vientre para mejor ver el contenido de su cuerpo que lógicamente debía de ser de materia gris, la misma con la que fuera modelado.

Su sorpresa como científico subió puntos al comprobar que el interior de la bestia no estaba lleno de materia gris, sino de órganos, los órganos propios de un escorpión cuyas patas se debatían en la agonía, —Es increíble, una metamorfosis completa, similar a la de una oruga que se convierte en insecto...

Dejó el cuerpo del escorpión sobre un cristal. Tenía que investigar más en aquella metamorfosis.

Pasó su mano cerca de lo que ya creía muerto y, bruscamente, el aguijón del escorpión abierto y que mostraba sus vísceras, alcanzó el nacimiento de fa muñeca del doctor que notó el pinchazo.

Cuando aparto su mano, ya era tarde.

Se miró la mano y comprendió inmediatamente.

Tomó una goma de su laboratorio y se hizo un torniquete en el brazo. Después, cogió un afilado estilete y se abrió la herida dejando fluir la sangre.

Llamó por el telecomunicador portátil.

—¡Nadia, Nadia!

—Le oigo, profesor.

—¡Venga inmediatamente!

—No puedo, estoy vigilando desde aquí arriba. El cerco de fuego rodea nuestras cosmonaves, pero va cediendo y esos escorpiones intentarán atacarnos.

—Se trata del escorpión.

—-¿De qué escorpión?

—Del pequeño.

—¿Qué ha sucedido, se ha escapado?

—Está muerto, Nadia.

—¿Muerto? —hizo una pausa—. Era de esperar.

—Lo he matado yo, ha sufrido una horrible metamorfosis.
—¿Una metamorfosis, está seguro?
—Sí. La materia gris se ha transformado, convirtiéndose en un escorpión auténtico, con todas sus vísceras, con su letal veneno. Es como si, al modelarlo, le hubiéramos dado una orden de comportamiento. La necesidad crea el órgano. La forma ha condicionado a ese nuevo ser.
—Es muy extraño, ¿no? —preguntó Nadia desde la cabina, sin saber que por la muñeca del profesor había manado sangre, pero el veneno había sido inoculado en una de sus venas y corría ya por el cuerpo del científico.
—Tengo la impresión de que cualquier cosa que se modele con esa materia y que tenga forma animal, sufrirá una metamorfosis.
—Es lo que andaba buscando, ¿verdad, profesor?
—No esperaba un resultado tan sorprendente —confesó, con la voz apagada.
—Apenas se le oye, profesor.
—Nadia, dígale a Xavi Mistral que la colonia alienígena que hallamos en el planeta Plutón era de gigantes.
—¿Gigantes? Lo ignoraba.
—Era también un secreto. Cuando Madeira y yo fuimos destinados a la «Grand Boomerang», decidimos no revelarlo.
—Pero, ¿había rastro de gigantes?
—Por el tamaño de las cosas halladas, no cabía du--da alguna, y llegamos a pensar que ellos podían haber hecho pruebas aquí.
—¿Y cree que las hicieron?
—Sí, esos escorpiones que nos atacan.
—Profesor, ¿insinúa que esos escorpiones fueron modelados por un ser extraño y ajeno a este planeta?
—Sí, por una civilización inteligente que habita en esta galaxia, aunque todavía no sabemos dónde; quizá no lo sabremos nunca. Ahora sé que ellos modelaron uno o varios de esos escorpiones que a nosotros nos parecen gigantes pero que ellos debieron considerar de tamaño normal. Sufrieron la metamorfosis y se hicieron perfectos como escorpiones. Después, debieron multiplicarse.
—Pues ha sido una labor horrible. No deje que se le escape el suyo.
—Ya le he dicho que está muerto.
—Menos mal. Me habría sentido culpable de haber creado esos malignos bichejos.
—Hay una cosa importante, Nadia.
—Diga, profesor, le escucho.
—Esos escorpiones están creados con una masa gris inteligente.
—¿De veras cree que los escorpiones que nos rodean tienen

inteligencia como nosotros?

—Estoy seguro. No poseen nuestra cultura, nuestra tecnología, pero sí tienen inteligencia, por eso atacan en formación de ejército. Son más peligrosos de lo que parece. Hay que huir de aquí, hay que abandonar todo esto; márchense.

—Lo dice como si usted no fuera a venir.

—Ya no.

—No le entiendo, profesor.

—El escorpión… —dijo, ya .con un hilo de voz.

—¡Profesor, profesor, hable!

—El escorpión me ha inoculado su ponzoña.

—¡Nooo!

Nadia brincó de su butaca y abandonó la cabina de la «Almogávar».

Salió de esta nave para saltar sobre el techo de la «Grand Boomerang» y se internó en ella corriendo apresuradamente hacia el laboratorio, donde halló al profesor Gorostik, medio caído en su butaca.

Sobre la mesa estaba su muñeca llena de sangre y el brazo oprimido por el torniquete.

Al verla, abrió los ojos.

—Nadia, Nadia… He cometido un descuido y tengo que pagarlo.

—¡No es posible, profesor, seguramente se podrá hacer algo!

—Ya lo he hecho todo. Si no me hubiese practicado este torniquete, ya no estaría vivo, pero siento correr el veneno por mi cuerpo.

—Pero, hay que hacer algo —insistió.

—Ya es tarde. A nadie se le podría ocurrir que necesitaríamos traer antídotos contra la picadura del escorpión.

—Habrá otros antídotos en el botiquín…

—Es inútil, Nadia. Le ruego que me acompañe.

—¿Adonde, profesor?

—A la sala de criogenización.

—¿Quiere criogenizarse?

—Sí, justo antes de morir. Quizás algún día, en el futuro… Vamos.

Nadia le ayudó a salir del laboratorio. La debilidad del profesor era evidente, su mano goteaba sangre.

Mientras, Julius observó que, en un lugar donde las llamas se apagaban, aparecían los escorpiones.

—¡Malditos, hay que exterminarlos! —rugió.

Disparó su láser, incinerando al primero que osaba cruzar la barrera de fuego.

—¡Nadia, Nadia!

Su llamada fue inútil, pese a repetirse. La muchacha no respondía.

CAPITULO IX

—Ponga en marcha ese aparato y márchese, Nadia, márchese. Este planeta está maldito por el holocausto atómico. Ese policerebro que puede tomarse en porciones con los dedos, es perverso; los escorpiones son parte de él y por eso nos atacan.

—Profesor, no se muera —gemía Nadia, mientras le ayudaba a introducirse en el cartucho de criogenización.

—Márchense —repetía Gorostik—, Llévense alguna muestra para que los científicos de la Tierra puedan estudiarla, y haga un completo reportaje de lo ocurrido aquí. Si vienen más terrícolas, que lo hagan mejor preparados que nosotros, o mejor, que no vuelvan jamás. Ahora, cierre este cartucho.

—Profesor —sollozó Nadia, mojándosele las mejillas por ¡as lágrimas.

—Ciérrelo o criogenizará a un cadáver.

Nadia cerró la tapa de cristal y luego empujó el cartucho ocultándolo. Dejándose caer sobre las palancas como si las necesitara para sostenerse, puso en marcha la criogenización. El cuerpo del profesor Gorostik comenzaría a congelarse.

Julius, con un cañón, Yuva con otro y Paola con un fusil, dispararon contra los primeros escorpiones que ya cruzaban el cerco de fuego que se apagaba.

Comenzaba el ataque masivo de los escorpiones inteligentes.

También regresaba la lanzadera voladora mientras Xavi Mistral trataba de telecomunicarse.

—Nadia, ¿me oyes? —insistió.

Rommy, a su lado, preguntó:

—¿Habrá pasado algo malo?

—No creo; quizá haya tenido que salir a hacer algo.

—Deberían contestar.

—Sí, pero algo se lo está impidiendo.

Cuando se acercaron a las cosmonaves, desde lo alto, pudieron ver cómo los escorpiones trataban de re- -basar las llamas y algunos lo conseguían.

—Toma el fusil y dispara.

Rommy entreabrió la puerta.

Asomó por ella el cañón del arma y disparó contra las repugnantes bestias mientras Xavi daba una pasada sobre ellas con la aeronave.

—Hay muchos, está infestado.

—Regresemos.

Descendió con la lanzadera y se colocó en la puerta del pequeño

hangar de la «Almogávar».

Ya dentro de ella, se apearon.

—¡Julius! —llamó Xavi a gritos.

—¿Sí?

—¿Y Nadia?

—No lo sé, no responde. Hay que disparar más o abandonar esto, esas alimañas llegarán hasta aquí. No importa que las liquidemos a cientos, creo que las hay a millones. Deben salir de las entrañas de este maldito planeta.

Nadia llegó en aquel momento. Al ver sus mejillas húmedas por las lágrimas, Xavi le preguntó:

—¿Qué ha pasado?

—El profesor Gorostik...

—¿Ha muerto?

—Como si hubiera muerto; me ha pedido que lo criogenizara.

—¿Por qué?

—El escorpión le había picado y se moría. Me ha pedido que nos marchemos de aquí enseguida. Ya te explicaré todo lo que me ha contado.

—¿Que nos marchemos?

—Sí. Los escorpiones son inteligentes, por eso atacan como un ejército en formación, y no cejarán hasta destruirnos, si no nos alejamos.

Xavi pensó en el pequeño ser que se le parecía.

—Pero hay otros seres...

—Todos malignos, como la materia que les da la vida.

—Hemos visto el muñeco que hizo Rommy.

—Sí, él y otros como él han matado al profesor Madeira —explicó Rommy, terriblemente nerviosa.

—¿Te das cuenta, Xavi?

—Sí, ahora lo comprendo. Son todos malignos porque es maligna la propia materia de la que salen, por eso llegaron al holocausto atómico.

—Así es, Xavi.

—El pequeño muñeco hará otros semejantes a él con sus propias manos; luego se reproducirán sin parar, y este planeta volverá a llenarse de seres que se odiarán, seres que buscarán la guerra continua.

—Sí, pero tendrán enemigos poderosos: los escorpiones gigantes.

—¡Hay que salir de aquí! —gritó Julius—, Se están acercando y entrarán en la «Grand Boomerang».

—¡Hay que salir! ¡Nadia, arriba, a la cabina!

—Ahora mismo.

—Rommy, ve con ella.

Xavi llamó por el telecomunicador:
—¡Tío, sube por el camino ancho!
—Orden recibida, orden recibida.
Fueron cerrando compuertas mientras los escorpiones avanzaban ya en forma masiva.
Sólo faltaba la rampa por la que debía entrar el robot mecano-electro-biónico.
—Aprisa, Tío, aprisa. Están detrás de ti —le apremió Xavi por el telecomunicador.
Se habían refugiado ya todos en la «Almogávar».
Sólo faltaba el robot que caminaba por encima de Ia «Grand Boomerang» cuando en aquel momento un escorpión asomó por uno de los huecos.
Xavi le disparó con el cañón de la propia cosmonave, incinerándolo por completo.
—¡Aprisa, Tío, aprisa!
—Orden recibida, orden recibida.
El robot ascendió por la rampa.
Antes de meterse en la nave, se volvió y disparó sus , rayos contra el escorpión que había conseguido subir hasta lo alto, destruyéndolo.
—Ser no humano destruido, ser no humano destruido...
Xavi, sabiendo que aquellos escorpiones inteligentes y malignos podían destrozar el fuselaje con sus tenazas, cerró las compuertas y rápidamente puso los motores en marcha.
—Es como estar en un monstruoso nido de escorpiones —gruñó Julius.
—Jamás veremos algo así —musitó Paola.
Julius propuso:
—Cuando estemos arriba, les lanzaremos una peladilla atómica.
—No —se opuso Nadia.
—Nadia tiene razón —corroboró Xavi—, No puede ser.
—¿Por qué? —quiso saber Julius.
—Porque el profesor Gorostik queda abajo, criogenizado.
—¿Y si lo encuentran los escorpiones?
—No lo encontrarán —dijo Nadia—, Al estar criogenizado, deja de pensar y no captan sus ondas mentales.
La cosmonave se elevó, escapando del ataque del demoledor ejército de escorpiones.
—Ahora comenzará una nueva vida en este planeta, y no debemos interferir en ella —dijo Xavi—, pero me temo que seguirán destruyéndose los unos a los otros. Nada mejor para reflejarlos que un escorpión lleno de ponzoña.
Alejándose cada vez más, no tardaron en saltar al espacio sideral, y ya con velocidad diez mach luz, cerraron los motores.

Había llegado la hora de descansar.

—Cuidadito, Julius, tres chicas son demasiado… —le advirtió Xavi mientras se alejaba con Nadia hacia un lugar tranquilo de la cosmonave «Almogávar» donde poder mirar las estrellas a solas.

FIN